

Francesc Escribano

El maestro *que prometió el mar*

Queralt Solé Francisco Ferrándiz
Sergi Bernal



Francesc Escribano

El maestro *que prometió el mar*

Queralt Solé Francisco Ferrándiz
Sergi Bernal

El mar será muy grande, muy ancho y muy hondo. Lo gente va allí a bañarse. Yo no

he visto nunca el mar. El maestro nos dice que iremos a bañarnos.

LUCÍA CARRANZA

Francesc Escribano

El maestro que prometió el mar

Queralt Solé

Francisco Ferrándiz

Sergi Bernal


CALLE
MAYOR
BAÑUELOS
DE
BUREBA
CALLE
MAYOR.

La editorial Blume y Ventall Edicions, coeditores de este libro, desean expresar su agradecimiento más sincero a toda la familia Benaiges, en especial a Elisa Benaiges Freixas, a Jaume Roigé Benaiges y a Jaume Aragonès Benaiges, por su generosidad en la cesión del material gráfico y de los documentos familiares que se reproducen en este libro, así como por la amabilidad con la que siempre nos han atendido.

A los maestros.


PUBLICACIONES ESPECIALES
EL MAR
Visión
de unos niños
que no lo han
visto nunca


Enero 1936
Escuela nacional mixta
de
Bañuelos de Bureba
(Burgos)



OLVIDO Y MEMORIA DEL MAESTRO ANTONI

BENAIGES

El 18 de julio de 2021 participé en un acto de homenaje a la memoria de Antoni Benaiges en Bañuelos de Bureba. Fue una ceremonia singular. Le dedicábamos un cenotafio. Una cincuentena de personas nos reunimos en el cementerio del pueblo alrededor de un nicho vacío. Poco a poco fuimos depositando en él diferentes objetos relacionados con aquel joven de Montroig del Camp que, en 1934, abandonó Cataluña para aceptar un destino remoto que le habían asignado como maestro. Un cenotafio es

un monumento funerario sin cadáver, en este caso, sin el cuerpo de Antoni Benaiges por que todavía no se ha encontrado, y sin ningún objeto personal, porque prácticamente todo lo que tenía en Bañuelos de Bureba se perdió o fue quemado o destruido. Para poder dejar en esa tumba algo que tuviera sentido, los participantes en el acto llevamos buena parte del contenido generado en estos últimos años en relación

con su figura y su historia. En medio de un silencio reverencial, fuimos colocando en el

nicho los libros que se han publicado, algunas fotografías, el guion de una película, reproducciones en facsímil de los cuadernos antiguos, algunas canciones que se le han dedicado. . . Todo ello quedó enterrado bajo una lápida roja que decía: «ANTONI BENAIGES NOGUÉS, MAESTRO DE NUESTRA ESCUELA. Nos dejó ser niños antes de ser hombres, nos enseñó el valor de la palabra, nos prometió el mar».

No éramos muchos en ese acto porque Bañuelos es un pueblo pequeño, la familia vive

lejos y, sobre todo, porque Benaiges murió hace 85 años. Demasiado tiempo, demasiada

distancia. Hoy casi ya no queda nadie que le hubiera conocido y que pueda recordarlo.

Tampoco podemos decir que, cuando estaban vivos, muchos de aquellos que le

conocieron lo hicieran, eso de recordarlo. No sé si era porque no querían, porque no podían, o porque no se atrevían. Pero la realidad

es que, durante más de setenta años, la memoria del maestro Antoni Benaiges fue prácticamente inexistente. Es cierto que en los primeros días del estallido de aquella guerra tan cruel como incivil —lo arrestaron el 19 de julio de 1936— la violencia fue extrema y la disidencia se castigaba con la muerte.

Después vino una dictadura con cuarenta años de represión y de sumisión. Todo esto es

innegable, pero no hace más comprensible tanto silencio y olvido. A Antoni Benaiges,

como hicieron con muchos otros en aquella época terrible, no solo lo mataron de forma

salvaje, a sangre fría, sino que lo enterraron en un lugar desconocido para que sus amigos y familiares no pudieran encontrarlo. No se conformaron con asesinarle, también quisieron borrarlo. Terminar con su vida y con su memoria. Y lo más duro de

asumir en este caso es que lo consiguieron. Muchos de aquellos que conocieron al maestro, sobre todo en Bañuelos, aquellos a los que él enseñó, aquellos de quien él supo aprender, aquellos que le amaron e incluso aquellos que le odiaron, optaron por el silencio. Durante muchos años no podía hablarse de aquel maestro que tenía esa manera tan peculiar de enseñar y que supo dejar una fuerte huella entre muchos de sus alumnos. O si se hablaba, era en casa y en voz baja. Fue una mezcla de temor y dolor.

Recordarlo dolía y, además, podía ser peligroso. Sí, estaba la familia, en Montroig del

Camp, y también los antiguos compañeros maestros freinetistas, la mayoría en el exilio,

que siempre le tuvieron presente. Pero la distancia, las dificultades de comunicación y

la falta de información fueron un inconveniente demasiado grande para familiares y antiguos compañeros. Sabían más o menos, pero no en detalle, todo lo que había hecho Antoni Benaiges como maestro en Bañuelos de Bureba. Un destino modesto y lejano que él se tomó como el trabajo más importante que pudiera haber en el mundo. Allí supo ser feliz haciendo de maestro. Ni más ni menos. Con su imprenta y su gramófono.

Cargado de ilusión y esperanza. Con ganas de cambiar el mundo y convencido de que

la mejor manera de hacerlo era enseñando a un pequeño grupo de alumnos de una escuela rural ante todo a ser niños para después aprender a ser hombres y mujeres.

Todo ello hace aún más injusto y más doloroso tener que aceptar que todos aquellos que lo quisieron borrar se saliesen con la suya. Y al mismo tiempo y en contrapartida, también da más valor al proceso de recuperación de su memoria que se inició a partir

de 2010. Todo empezó a encajar en el momento en que se iniciaron los trabajos de exhumación en la fosa común de La Pedraja. Tuvieron que pasar más de setenta años para poder hacerlo. Al igual que ha ocurrido en tantos otros lugares de España con otras personas y con otras historias, esta se recuperó gracias a la constancia y la insistencia de un grupo de familiares de desaparecidos que no quisieron resignarse y que nunca dejaron de buscar. El mérito de estas personas es que han tenido que realizar esta labor sorteando la incomprensión y las trabas que muy a menudo les ponían algunos de sus vecinos y también algunas autoridades e instituciones. Les decían que no debía removerse el pasado, que no era bueno reabrir viejas heridas, que lo mejorera que desistieran.

Afortunadamente no lo hicieron y, gracias a su terquedad, después de tantos años de silencio, pudimos empezar a hacer memoria y hemos podido recuperar la historia de Antoni Benaiges. El primer paso fue la publicación del libro *Desenterrando el silencio.*

Antoni Benaiges, el maestro que prometió el mar, una iniciativa en la que hay que destacar la labor de la editora Núria Egido, quien me habló por primera vez del maestro y me animó a realizar la investigación y a escribir el relato. Del grupo de profesionales que me acompañaron en ese proyecto cabe hacer especial mención a las aportaciones del antropólogo Paco Ferrándiz, quien, atento a los comentarios que se realizaban a pie de fosa, fue el primero en descubrir la existencia de Antoni Benaiges a partir de las palabras de un familiar que acudió a La Pedraja e intuyó la singularidad y grandeza del caso; la historiadora Queralt Solé, quien dirigió el proyecto, aportó la contextualización histórica y consiguió apoyo económico de las administraciones para la edición del libro; también al trabajo de los colaboradores de Ventall y en particular al entusiasmo y buen

hacer del equipo de la editorial Blume, encabezado por Leopoldo

Blume y Cristina Rodríguez Fischer, quienes desde el primer momento creyeron y confiaron en la historia, en el proyecto y en el grupo de profesionales dedicado con auténtica pasión a

recuperar la memoria del maestro. *Desenterrando el silencio. El maestro que prometió el mar* se puso en circulación y la historia empezó a contarse y a compartirse de una forma que todavía me sorprende. Tuvo mucho que ver en ello el trabajo que hizo, y que todavía

sigue haciendo, Sergi Bernal, el fotógrafo del libro y quien desde la fosa de La Pedraja

desató el alud de contenidos en torno a Antoni Benaiges. Berna} ha realizado una exposición, un documental, una novela y, más recientemente, también un cómic sobre Benaiges y la escuela de Bañuelos. Muchas veces le digo, medio en serio medio en broma, que ese primer día en la fosa quedó poseído por el espíritu del maestro y eso le hace cargar con una responsabilidad de la que parece que no pueda deshacerse.

Tampoco parece que tenga muchas ganas de hacerlo.

Cabe mencionar también la valiosísima aportación que hizo José Antonio Abella con su

libro *Aquel mar que nunca vimos.* Este escritor castellano nacido en Burgos decidió realizar un trabajo sobre Antoni Benaiges tras escuchar una entrevista que me hicieron en *La Ventana,* de la Cadena Ser, con motivo de la publicación de *El maestro que prometió el mar.* El primer destino laboral que tuvo Abella, médico de profesión, fue Bañuelos de Bureba. Quedó fuertemente impactado por la historia, pero aún más por el hecho de que aquella era la primera vez que la oía. No podía comprender que ninguno de sus pacientes de la época, muchos de ellos antiguos alumnos del maestro, no le hubieran hablado nunca de él ni de lo que allí había pasado. De ahí que Abella inició una búsqueda personal que es la base de su libro, muy recomendable.

Más allá de los libros, la historia del maestro y de la fosa de La Pedraja ha servido de

inspiración a algunos músicos que le han dedicado canciones, como Ramon Sauló,

Montse Castellá y María Arnal y Marcel Bagés. También ha sido la base de una obra de

teatro documental magnífica de Xavier Bobés y Alberto Conejero, *El mar: visión de unos niños que no lo han visto nunca.* Y, finalmente, basada en mi relato, una película cinematográfica que he producido y que contribuirá a lograr que la historia llegue todavía a más gente y adquiera mayor dimensión internacional.

De todo este proceso de recuperación de la memoria, una de las iniciativas más remarcables, sin duda la que más ilusión le habría hecho a Benaiges, fue la creación en 2015 de la Asociación Escuela Benaiges, con sede en Bañuelos de Bureba. Esta entidad,

impulsada por los descendientes de los alumnos de Benaiges, tiene como objetivo

recordar y divulgar la memoria del maestro. De momento han empezado por publicar una edición facsímil de los cuadernillos originales, han restaurado el edificio de la escuela y lo han convertido en un museo.

Con esta perspectiva, cuando repaso todo lo que se ha dicho, se ha escrito, se ha cantado

y se ha imaginado en torno a Antoni Benaiges me doy cuenta de la gran repercusión que ha tenido esta historia y me pregunto qué la hace tan potente y tan actual. ¿Por qué no nos cansamos de repetirla? ¿Por qué mantiene, a pesar del tiempo y la distancia, esa

gran capacidad de conmover y llegar al corazón de tanta gente? ¿Es la historia del maestro? ¿Su promesa del mar? ¿La brutalidad de su muerte y de cómo lo hicieron desaparecer? ¿La forma en que quedó olvidado?

La adaptación al cine de *El maestro que prometió el mar* me ha permitido dar muchas vueltas a todas estas preguntas. El proceso de producción de una película es largo y tortuoso. En este caso, más de cuatro años para conseguir la financiación y para perfilar un guion del que todos estuviéramos satisfechos, empezando por la di rectora, Patrícia

Font. Albert Val, el autor del guion y quien más insistió en un primer momento para llevar la historia al cine, tuvo que trabajar catorce versiones hasta llegar a la definitiva.

Nuestro objetivo, como en todas las obras de ficción, era contar la historia del maestro y al mismo tiempo encontrarle el sentido. Para ello era necesario centrarnos tanto en la memoria como en el olvido.

Por eso introdujimos una trama de presente en que la nieta de un antiguo alumno del maestro busca el cuerpo de su bisabuelo en la fosa de La Pedraja y, al mismo tiempo, intenta reconstruir un pasado que nunca le han contado. El personaje de Ariadna —este es el nombre de la joven en la película —representa a todas

aquellas personas que, desafiando el tiempo y la lógica, siguen buscando. Es bastante habitual que sean de la segunda o de la tercera generación. Son nietos o bisnietos. Las primeras generaciones, los hijos de los asesinados o desaparecidos, quedaron tan marcados por la barbarie que muchos se autoimpusieron una especie de amnesia anestésica que arrastraron toda su vida. Formaban parte de lo que se conocía como *la mayoría silenciosa.* Toda una generación que tuvo que agachar la cabeza y ca llar. Es evidente que no tuvieron mucha opción y que su comporta miento fue impuesto, sí, pero también es innegable que, con su actitud, lo que dejaban para las generaciones venideras era una herencia de silencio y de olvido. Una herencia muy difícil de asumir.

Imposible para alguien que ya no está condicionado por el horror y el miedo que destrozó la vida de sus padres y abuelos. Por eso la mayoría de las personas que están implicadas y que promueven la búsqueda de los miles de desaparecidos que todavía están mal enterrados en fosas comunes por toda España son de estas segundas o terceras generaciones. Son gente que, a pesar de todas las dificultades y obstáculos que les ponen, sigue buscando. Son gente que se resiste a seguir olvidando. Para ellos, y para todos nosotros, la mejor forma de hacer justicia pasa por hacer memoria.

Sobre qué sentido tiene recordar hoy esas historias que ocurrieron hace más de ochenta

años, vale la pena recuperar aquella frase de Edmund Burke que reza: «Para que el mal

triunfe solo hace falta que los hombres buenos no hagan nada». En este proceso de recuperación de la memoria colectiva silenciada, claramente identificamos el mal y quienes son los culpables de unos crímenes que hace tiempo que han prescrito, pero también focalizamos lo que «los hombres buenos» hicieron o, mejor dicho, no hicieron.

El silencio que arrastramos también podemos considerar que es consecuencia de un sentimiento de culpa colectivo por inacción. Soy consciente de que es muy fácil hablar de todo aquello que no se hizo y

que podría haberse hecho, ahora, cuando el fascismo

no está armado y no es el dueño de la calle. Cierto. No sé qué habríamos hecho nosotros

en la misma situación. Pero lo que sí sé es que la única manera que tenemos de evitar

que esto vuelva a suceder es asumir ese cargo de conciencia. Es lo que han hecho los alemanes con el nazismo, asumir la parte de culpa que tuvieron todos aquellos que, sin participar de forma directa en el régimen, lo aceptaron y dejaron que les pasaran por encima. Quizás no tenían alternativa, sí, pero es lo que hicieron. Pensando en este hecho, recuerdo lo que me contó uno de los abogados de Salvador Puig Antich cuando escribí su biografía. Me dijo que lo que más le dolió y más rabia le dio fue la falta de respuesta de la gente. Me contó que, cuando se confirmó la pena de muerte, cuando faltaban pocas horas para que lo ejecutaran, empezaron a hacer llamadas y a intentar movilizar a la gente para que fuera a la puerta de La Modelo para intentar detener aquel crimen. Nadie fue. La gente respondía al abogado: «No me pidas esto». Y se quedaron

en casa. ¿Qué habría pasado si la gente hubiera ido a La Modelo? ¿Qué habría pasado si

un grupo significativo de ciudadanos alemanes hubiera rechazado las primeras

acciones discriminatorias contra los judíos? ¿Qué habría pasado si los familiares de los

alumnos del maestro, si la buena gente de Bañuelos y de Briviesca, hubiera intercedido

por él cuando le encarcelaron, torturaron y pasearon por las calles para escarnio y como

escarmiento? ¿Qué habría ocurrido si la mayoría silenciosa no hubiera callado?

Por todo ello y por toda la gente que todavía busca y que se resiste a olvidar merece la

pena recordar esta historia y a aquel maestro que un día se atrevió a prometer el mar.

FRANCESC ESCRIBANO – Periodista y productor de cine y televisión



EXHUMANDO LA HISTORIA

El catalán Antoni Benaiges llegó a Bañuelos de Bureba (Burgos) en 1934 para ocupar la

plaza de maestro de la escuela pública. Allí, en un entorno rural reticente a los cambios, decidió aplicar un nuevo modelo educativo que en aquel tiempo apenas se había introducido en Francia y que, en España, solo se había probado en contadas pequeñas

escuelas: la técnica Freinet. Uno de los principios de aquel método era el uso de la imprenta en la escuela como herramienta para fomentar la máxima implicación de los alumnos en el proceso de aprendizaje. La Guerra Civil y la dura represión por parte de

los sublevados frustraron aquel proyecto y acabaron con la vida de Benaiges. Aunque

su recuerdo siguió presente de forma so terrada entre sus alumnos y familiares, la memoria del maestro se fue diluyendo entre el temor a recordar y la imposición de un régimen dictatorial.

Décadas después, la figura de Antoni Benaiges empezó a ser tímidamente recuperada

desde distintas partes del mundo: en Bañuelos de Bureba, por el interés que suscitaron

en los nietos de algunos de sus alumnos unos antiguos cuadernos impresos en la escuela¡ en México, por un estudio sobre los maestros comprometidos con la difusión de la técnica Freinet, y en Montroig del Camp, en Cataluña, por el empeño de la familia Benaiges en conocer qué había sido de Antoni tras aquel verano de 1936 en el que ya no

regresó a su pueblo natal. Esas diversas inquietudes, cada una con sus propias dudas y

preguntas, consiguieron interconectarse gracias a las nuevas tecnologías. Varias

personas pudieron así compartir documentos, informaciones y recuerdos hasta

entonces silenciados y fueron reconstruyendo una historia que, en el

año 2010, cobraría

una relevancia inesperada gracias al impulso que supuso el proyecto del fotógrafo Sergi

Berna} de documentar gráficamente la exhumación de una fosa común de la Guerra Civil.

Aquel mes de agosto viajó hasta los montes de La Pedraja, cerca de Bañuelos de Bureba,

para fotografiar la apertura de una fosa común. De vuelta en Barcelona, recibió una llamada informándolo de la posibilidad de que, entre el centenar de cuerpos recuperados, se encontrara el de un maestro catalán que había trabajado en Bañuelos a

mediados de la década de 1930. Atraído por aquella historia, estableció contacto con la

familia Benaiges y con estudiosos y profeso res de la técnica Freinet, además de recorrer

archivos oficiales y bibliotecas con el fin de localizar toda la documentación necesaria para desenterrar la memoria del maestro. La primera «exhumación» de Antoni Benaiges, entendida metafóricamente como la recuperación de su historia, la realizaron

a pie de fosa los antropólogos presentes en la excavación, recogiendo los primeros fragmentos de la vida del maestro que emergieron a partir del relato de algunos testimonios, familiares de quienes lo habían conocido y fotografiando los cuadernos que había publicado con sus alumnos y que aquellos testigos aún conservaban.

En los últimos diez años se han dado numerosas «exhumaciones» más del maestro, en

formatos tan diversos como libros, novelas, exposiciones, discos, documentales y una película. Al contrario de lo que se creía, no obstante, y después de que el equipo de la Sociedad de Ciencias Aranzadi haya realizado pruebas genéticas de los restos que se desenterraron en La Pedraja, no se ha podido certificar que el maestro fuese enterrado allí.

A pesar de lo positivo que sería poder localizar sus restos óseos, lo más importante no

es dónde están, ni averiguar en qué lugar lo enterraron, sino la trascendencia simbólica

de la figura de Antoni Benaiges: una persona asesinada por su ideología, cuestión agravada porque, al ser maestro, podía mostrar a sus alumnos todas las posibilidades que tenían para aprender y para pensar libremente.

LA ESCUELA EN LA SEGUNDA REPÚBLICA La trayectoria vital del maestro Antoni

Benaiges y el compromiso con su profesión se enmarcan en un contexto histórico caracterizado, de una parte, por la irrupción de nuevas corrientes de renovación pedagógica, permitidas y promovidas por la política educativa de la Segunda República, y, de otra, por unos años de gran convulsión social y política. El inicio de la Guerra Civil en julio de 1936 truncó el proyecto del maestro, así como muchos otros proyectos y miles de vidas. Entre las provincias españolas en las que la represión por parte de los sublevados y sus afines fue inicialmente más violenta estuvo Burgos, donde

el golpe de Estado triunfó sin apenas resistencia y donde el maestro Benaiges había empezado a transformar la vida del pequeño pueblo agrícola de Bañuelos de Bureba.

En 1930, España tenía 23,5 millones de habitantes, un tercio de los cuales no sabía leer ni escribir. Al proclamarse la Segunda República, en 1931, eran unas 35. 700 las escuelas nacionales —es decir, públicas —, una cifra aún insuficiente para cumplir la ley de 1857

que había establecido la obligatoriedad de la enseñanza primaria. Los nuevos poderes

constituidos calcularon que tenían que crearse como mínimo 27. 000 nuevos centros para poder escolarizar efectivamente a todos los niños.

La República llegaba con ganas de cambiar y mejorar las cosas, de transformar el país a

través de la regeneración social y cultural. Para lograrlo, la escuela debía ser un puntal básico donde todo el mundo —independientemente de su capacidad económica— tuviese las mismas oportunidades de formarse y donde pretendían enseñarse unos

valores comunes, entre los que destacaba el de la solidaridad. La nueva Constitución republicana fijaba los objetivos respecto a la

educación en el artículo 48: *El servicio de la cultura es atribución esencial del Estado y lo prestará mediante instituciones educativas enlazadas por el sistema de la escuela unificada. La enseñanza primaria será gratuita y obligatoria. Los maestros, profesores y catedráticos de la enseñanza oficial son funcionarios públicos. La libertad de cátedra queda reconocida y garantizada. La República legislará en el sentido de facilitar a todos los españoles económicamente necesitados el acceso a todos los grados de la enseñanza, a fin de que no se halle condicionado más que por la aptitud y la vocación.*

La enseñanza será laica, hará del trabajo el eje de su actividad metodológica y se impartirá en ideales de solidaridad humana.

Los grupos conservadores se opusieron de forma contundente a los cambios al

considerar que la educación se convertía en un monopolio del Estado y que pretendían

imponerse los maestros, los libros, la ideología. . . Hasta el triunfo final de los sublevados en 1939, el debate en torno a este tema en el Congreso de los Diputados fue siempre muy tenso. Uno de los ejes básicos de la disputa era la religión, como consecuencia de la hegemonía que hasta entonces había ejercido la Iglesia sobre la educación. Los puntos de vista se polarizaron entre aquellos que querían salvaguardar la unidad católica del Estado, con el control ideológico y espiritual de los escolares, y aquellos que deseaban romper con esa dinámica y esa visión del mundo y defendían la libertad religiosa con planteamientos secularizadores y anticlericales.

Aunque el período entre el mes de abril de 1931 y el estallido de la Guerra Civil fue breve y políticamente muy tenso, la República consiguió su objetivo de transformar la educación. El primer ministro republicano de Instrucción Pública y Bellas Artes fue el

catalán Marcel·lí Domingo, que afirmaba que el maestro era «el primer ciudadano de la

República». Partiendo de esa idea, programó la construcción de nuevas escuelas por todo el país; creó 7000 plazas para nuevos docentes, subió el sueldo de los maestros, con la intención de dignificar y reconocer su trabajo, reformó las escuelas de magisterio, y

propugnó, asimismo, la creación del Patronato de Misiones

Pedagógicas, que debía difundir —sobre todo en las zonas rurales— la voluntad de educación y de nueva pedagogía a la que aspiraba el Gobierno. Los posteriores ministros continuaron su labor, si bien, con la perspectiva del tiempo, se constata lo importantes que fueron para la educación los doce primeros meses de actuación de la República.

NUEVOS VALORES

La República no solo pretendía construir nuevos edificios y dotarlos de personal, sino que además tenía claro que había que establecer una nueva forma de enseñar acorde con los valores definidos por las nuevas autoridades. De este modo, la laicidad pasó a ser fundamental en un Estado en el que, hasta entonces, las órdenes religiosas habían monopolizado la educación, supliendo al Gobierno en una función que no había asumido por falta de capacidad política y económica. La educación debía adquirir un papel activo y creador, incentivando a los alumnos a aprender, y la igualdad tenía que ser clave para eliminar, en la medida de lo posible, las diferencias económicas existentes entre los alumnos fuera de la escuela. La educación conjunta de niños y niñas en el aula se convirtió también en un eje pedagógico e ideológico fundamental, con la finalidad última de que, al llegar a la edad adulta, esos escolares tuviesen las mismas oportunidades sociales y laborales.

Para lograr una sociedad futura mejor formada era preciso aplicar aquellos nuevos principios, pero antes había que asegurarse de que los encargados de la labor docente también estuviesen capa citados. Se reformaron y crearon escuelas —las llamadas

Escuelas Normales— para esos futuros maestros que debían convertirse en referentes con una gran influencia sobre niños y adultos: ellos serían los encargados de trasladar a la sociedad los valores que la República quería asentar. Hasta entonces, los que estudiaban para maestros lo hacían en su mayoría con una metodología clásica, a base de manuales, de copiar, de memorizar ... La República también quiso cambiar ese método y el ministro Marcel·lí Domingo aprobó un nuevo plan de estudios de cuatro años, el Plan profesional, que eliminaba los aspectos religiosos, incluía por primera vez estudios de pedagogía y establecía que se realizasen prácticas remuneradas en el cuarto

año. Instauraba además la coeducación: también los futuros maestros aprenderían

conjuntamente, dejando de lado si eran hombres o mujeres. Pero las mencionadas

tensiones políticas y sociales no disminuyeron, sino que las protestas siguieron repitiéndose e incluso algunos grupos, que consideraban la coeducación indecente y se oponían a la laicidad de la escuela, convocaron manifestaciones.

EL FREINETISMO

La política educativa de la Segunda República suponía el apoyo oficial a los

movimientos de renovación pedagógica que se habían iniciado en Cataluña a principios

del siglo XX. Eran iniciativas herederas de la Institución Libre de Enseñanza, nacida en

Madrid en 1876 bajo los auspicios de Francisco Giner de los Ríos, Manuel Bartolomé Cossío y José Castillejo. Entre los pioneros de esa renovación cabe mencionar a Pau Vila, que en 1905 había creado la Escuela Horaciana; Frederic Godas, fundador en 1906 del

Liceo Escolar en Lérida, y Joan Bardina, que también en 1906 impulsó la Escuela de Maestros. Entre 1914 y la dictadura de Primo de Rivera, el interés personal de numerosos docentes y un cierto respaldo económico por parte del Ayuntamiento de Barcelona y de la Mancomunitat de Catalunya permitieron que algunos de aquellos pioneros viajasen a otros países para conocer nuevos métodos de enseñanza. Del mismo modo, con el objetivo de mantener la vitalidad pedagógica catalana, llegaron a Cataluña

muchos teóricos extranjeros para exponer sus ideas.

Entre los nuevos métodos pedagógicos que se introdujeron en Cataluña en las primeras

décadas del siglo pasado estaba la llamada técnica Freinet. Su difusión se atribuye al grupo Batec, un colectivo integrado por varios maestros de Lérida, la gran mayoría de ellos de escuelas rurales. Inicialmente, el grupo se reunía una vez al mes de manera informal para compartir experiencias, analizar y discutir textos pedagógicos —tanto de especialistas españoles como extranjeros—, e intercambiar

procedimientos y

conocimientos. Su intención era mejorar la docencia con nuevas prácticas educativas, nuevos métodos, nuevos medios y nuevas técnicas. Esto ocurría en 1922.

Batec entró en contacto con la innovadora metodología de Freinet de forma natural, como un colectivo abierto a influencias de cualquier procedencia y siempre dispuesto a estudiar alternativas que contribuyesen a mejorar la educación. Así, aunque algún otro

especialista había intentado ya introducir la técnica Freinet en el Estado, fue este grupo el que dio el impulso definitivo a su difusión en Cataluña y, posteriormente, en España.

A finales de 1929, el maestro Jesús Sanz Poch regresó a su Lérida natal después de una

estancia de aprendizaje en Ginebra, donde conoció las propuestas pedagógicas de

Freinet y reunió información, artículos y otros materiales. Entusiasmado por aquel método, se puso en contacto con el inspector de primera enseñanza Herminio Almendros, que enseguida reconoció las bondades del freinetismo. Fue él quien

propuso a los maestros del grupo Batec José de Tapia y Patricio Redondo —también conocido por el pseudónimo de Paco Itir y figura clave en la formación de Antoni Benaiges— que tratasen de hacer un ensayo sobre la aplicación de ese método en las escuelas a las que estaban destinados, en las localidades leridanas de Montoliu y Puigverd respectivamente. Era el inicio del freinetismo en Cataluña y en el Estado.

La principal y más llamativa aportación de la técnica ideada por Célestin Freinet era el

uso de la imprenta en la escuela para que los alumnos aprendiesen experimentando, pero su metodología partía de unas bases muy sólidas: el niño debe aprender a partir de sus propios intereses y el maestro debe guiarlo para que se desarrolle en un ambiente

libre y cotidiano, y dirigir la clase sobre la base del sentido común, el tanteo, el trabajo y la alegría.

Célestin Freinet, nacido en 1896 en Gars, en el departamento francés

de los Alpes Marítimos, empezó a replantearse los métodos didácticos aprendidos en la escuela de maestros a partir de 1920, al ser destinado a la escuela de Le Bar-sur-Loup. Acababa de regresar de la Primera Guerra Mundial, donde había resultado herido. La filosofía de Freinet se desarrolló a partir de una serie de conceptos pedagógicos que consideraba esenciales: • La pedagogía del trabajo, según la cual debe alentarse a los alumnos a aprender mediante la creación de «productos» y que vean su utilidad.

• El aprendizaje a partir de la investigación, en el que son claves el trabajo en equipo y el proceso de ensayo-error.

• El aprendizaje cooperativo, es decir, que el alumnado debe cooperar en el proceso de producción.

• La importancia de detectar el centro de interés de los alumnos para que sea el punto de partida de su aprendizaje.

• El método natural, en el sentido de que los niños y las niñas aprenden mejor a partir de sus experiencias reales.

• La democracia en el aula, para que los escolares aprendan a asumir responsabilidades tanto respecto al trabajo que realizan como respecto a la comunidad.

Estas bases pedagógicas se concretaban en el aula mediante cambios sustanciales en las

formas de enseñar que se habían practicado hasta entonces, unos cambios vinculados a

los materiales empleados, pero también a la figura del maestro y a las relaciones de la

escuela con la sociedad. Para poder desarrollar el aprendizaje en función de esas ideas

era preciso que, en el aula, los escolares pudiesen practicar el texto libre y, para que fuese una actividad más atractiva, debía leerse más allá de la propia intimidad: dicho de otro modo, tenía que poderse

trasladar a una publicación periódica. Celestín Freinet ideó la creación de unos cuadernos escolares que se imprimían en clase con una imprenta especial. Así, además, se practicaban la lectura y la escritura a partir de textos de interés para los niños, mientras que el cuaderno adquiría una finalidad social que permitía traspasar la frontera entre la escuela y su entorno más próximo.

Para imprimir los cuadernos se necesitaba un plan de trabajo, concretado y

consensuado democráticamente entre todos los alumnos guiados por el maestro. La

imprenta tenía, pues, un papel esencial en el aula: era el instrumento que permitía materializar, entender, ver, tocar. . . todo lo que se estaba aprendiendo. Pero Freinet iba más allá y proponía que, en las aulas, se diesen también conferencias, que hubiese una biblioteca, que se hicieran asambleas y que todas esas actividades se compartiesen con

otras escuelas que también editaran cuadernos. La correspondencia postal y el

intercambio de cuadernos eran otro elemento fundamental en su método de trabajo.

LA DIFUSIÓN DE LA TÉCNICA FREINET EN ESPAÑA La aplicación de la

metodología de Freinet en las escuelas catalanas supuso una verdadera revolución en un país donde todavía se practicaba el aprendizaje basado en la memorización de datos.

Con el grupo Batec como impulsor inicial) el freinetismo fue abriéndose paso en Cataluña *y)* a partir de iniciativas individuales) en otros puntos del Estado español.

Hasta el comienzo de la Guerra Civil no dejó de aumentar el número de seguidores y se

llegó a alcanzar la cifra de 136 maestros freinetistas, distribuidos sobre todo por Lérida, Barcelona y Huesca y, de forma puntual, por Madrid, Granada, Navarra, las islas Baleares, Soria, Castellón, Córdoba y Burgos. Algunos de los cuadernos publicados en las imprentas

escolares fueron *Alegría,* en Vilafranca del Penedes, *Salut,* en Santa Fe del Montseny, y *Endavant!,* en Plana Rodona de Olèrdola (Barcelona), *Niños, pájaros y flores,* en Caminomorisco de Las Hurdes (Cáceres), *El nene,* en Plasencia del Monte (Huesca), *Faro infantil,* en La Cañiza (Pontevedra), *Sembra,* en San Juan de Moró (Castellón), o *Gestos* y *Recreo,* en Bañuelos de Bureba (Burgos). Todos ellos reflejaban, mediante los dibujos y los textos de los propios escolares, lo que iban aprendiendo, a qué jugaban o cómo eran su pueblo, sus amigos, la familia, el entorno, los paisajes, las fiestas, las excursiones) los viajes. . . En definitiva) cómo vivían y cómo veían la vida.

La expansión de la técnica Freinet permitió a Herminio Almendros publicar) en 1932) el

libro *La correspondencia interescolar,* donde exponía estas innovaciones, reflejaba el momento político favorable que se vivía, con un gobierno republicano abierto y deseo so de incentivar nuevos métodos educativos, y narraba las distintas experiencias que se

estaban llevando a cabo. Pero hubo más: unos meses más tarde, el propio Almendros publicó otro libro de título elocuente, *La imprenta en la escuela. La técnica Freinet,* así como varios artículos en revistas especializadas. Esas publicaciones ayudaron a difundir las teorías y las prácticas de Freinet, aunque no fueron menos importantes las Misiones Pedagógicas) el instrumento creado por la República para transmitir su concepción de lo que debía ser la escuela. Varios maestros freinetistas participaron activamente en aquellas misiones y dieron a conocer, allá donde fueron —sobre todo en el ámbito rural—, las posibilidades de la imprenta como herramienta pedagógica, la buena acogida que tenía entre los escolares y los magníficos resultados que consideraban que

se habían obtenido. El interés de aquellos maestros permitió que Célestin Freinet fuese

invitado, en julio de 1933, a la Escuela de Verano de la Escuela Normal de la Generalitat

de Catalunya, donde dio dos conferencias: «Una técnica nueva de la escuela activa» y

«El cooperativismo al servicio de la escuela».

Corría el año 1933 y uno de los movimientos pedagógicos vanguardistas que acababa de iniciarse en Francia había llegado ya a Cataluña y empezaba a extenderse por el Estado español. Cada año,

nuevos docentes se sumaban al proyecto: los nueve que aplicaron el método en el curso 1932—1933 en España se ampliaron a 28 en el curso 1933-1934 y, en el curso 1934-1935, eran ya 91 los maestros freinetistas. Fue entonces cuando empezaron a organizar encuentros y congresos y a plantear la posibilidad de crear una cooperativa, según las recomendaciones y el ejemplo del propio Freinet, que había fundado la Cooperativa de Enseñanza Laica (CEL). En el verano de 1935 nació oficialmente la Cooperativa Española de la Imprenta en la Escuela.

Un año antes, en el verano de 1934, en Lérida, se había organizado el Primer Congreso

de la Imprenta en la Escuela, durante el cual se decidió la publicación de un boletín de

título revelador: *Colaboración. La imprenta en la Escuela.* La revista era de los maestros y para los maestros, ya que eran ellos quienes aportaban información e intercambiaban experiencias, ideas, actividades realizadas, pensamientos. . . La cooperativa fue creciendo y, en el curso 1935-1936, la integraban 74 miembros. En el verano de 1935 se celebró en Huesca el Segundo Congreso de la Imprenta en la Escuela, que permitió comprobar la fuerza del movimiento pedagógico y los beneficios de la organización entre los maestros, así como lo enriquecedoras que resultaban tanto la colaboración como la posibilidad de intercambiar experiencias a través del boletín, del cual se habían publicado ya seis números. El Tercer Congreso de la Imprenta en la Escuela tenía que

celebrarse del 20 al 22 de julio de 1936 en Manresa, con la participación de profesionales franceses invitados por la cooperativa. El levantamiento en armas contra la República lo impidió.

EL GOLPE DE ESTADO EN BURGOS

El 17 de julio, las tropas de Melilla se levantaron en armas contra la República, el 18 de julio lo hicieron las de Canarias y Franco se trasladó a Marruecos para hacerse con el mando del Ejército de África mientras la rebelión se extendía por la Península. El fracaso generalizado del golpe de Estado condujo al inicio de una guerra civil que se prolongaría tres años. Una de las provincias en las que el golpe triunfó rápidamente fue Burgos, donde dos años antes había sido destinado un maestro freinetista catalán. Los

golpistas de la ciudad de Burgos se adelantaron siete horas a los de otras unidades militares sublevadas en la Península la madrugada del 19 de julio de 1936.

Consiguieron imponerse tras el arresto del general Batet, un célebre militar catalán fiel

al orden republicano y por aquel entonces jefe de la VI División Orgánica con sede en

Burgos. Según los planes del general Emilio Mola, la ciudad castellana debía convertirse

en la capital provisional del Estado hasta que se produjera la caída de Madrid, que creía

inminente. Pero Madrid resistió y Burgos terminó concentrando los incipientes poderes

políticos y militares de la futura dictadura. En Burgos se elaboraron las primeras leyes

del nuevo Estado franquista y se articularon los sistemas represivos que iban a permitir

a los vencedores de la guerra la construcción de un nuevo régimen basado en el temor.

A pesar del triunfo del golpe de Estado sin apenas resistencia en la ciudad y en la mayoría de las poblaciones de los alrededores, los sublevados pusieron en práctica ya desde el mismo 19 de julio una dura represión generalizada. Ese mismo día empezaron

las detenciones, los encarcelamientos y las ejecuciones al amparo de los *Bandos Militares,* empleados como base jurídica. También se iniciaron las detenciones ilegales, los asesinatos y la ocultación de los cadáveres de las víctimas en fosas comunes. Comenzaba a cumplirse lo que el pro pio general Mola anunciaría en un mensaje radiofónico el 31 de julio, cuando el golpe ya había triunfado en Burgos y otras ciudades:

Podría aprovechar nuestras circunstancias favorables para ofrecer una transacción a los enemigos; pero no quiero. Quiero derrotarlos para imponerles mí voluntad, que es la vuestra, y aniquilarlos.

Antes de que terminase aquel mes de julio eran ya frecuentes los

paseos y las *sacas:* en los primeros, las víctimas eran detenidas en sus casas para ser asesinadas; el *paseo* se denominaba *saca* cuando saca ban a las víctimas de la cárcel en lugar de llevárselas de su casa. Los asesinatos los perpetraban por toda la Península grupos que empezaron a recibir nombres como *patrullas de vigilancia* o *patrullas del amanecer*. Eran grupos armados, formados en general por fuerzas de seguridad, miembros de la Falange y requetés, que actuaban siempre del mismo modo: al atardecer o ya de noche,

buscaban casa por casa a los que consideraban enemigos que había que eliminar. En los

meses finales de 1936, esas patrullas actuaban básicamente por motivos ideológicos o de

credo contra aquellos a quienes se les conocían simpatías republicanas, ideas

progresistas, militancia en partidos de izquierda . . . Podía asesinarse a alguien por cualquier gesto presen te o pasado que permitiese situarlo dentro de la categoría de *contrarios al Movimiento*. Además, se aprovechó también la situación para saldar cuentas en muchos otros sentidos: deudas, enemistades endémicas, cuestiones personales . . .

Las víctimas, a quienes se sacaba de casa y se subía a un camión, pasaban unas horas

encarceladas en condiciones precarias antes de matarlas, a menudo maltratadas, o bien

eran trasladadas directa mente a las afueras de la población, donde eran asesinadas con

armas de fuego junto a la carretera, en un descampado o en el bosque. La

documentación de la época relativa a los levantamientos de cadáveres, si bien escasa, y

las exhumaciones que se vienen realizando desde el año 2000 han permitido saber que

las víctimas solían sufrir palizas y torturas y que, a veces, eran enterradas con las manos aún atadas a la espalda.

En algunos momentos, la situación en la zona burgalesa fue dantesca.

Las nuevas autoridades impuestas a la fuerza llegaron a publicar normas para que los asesinatos se llevasen a cabo en puntos apartados de los núcleos de población y los cadáveres fuesen

sepultados. Esto indica que, hasta entonces, las víctimas probablemente se habían dejado a la intemperie. Empezaron a enterrarse en fosas comunes, zanjas cerca del mismo lugar de los asesinatos que a veces abrían los propios verdugos, aunque era mucho más habitual que se obliga se a los vecinos de poblaciones próximas o incluso a los propios condenados, forzados a cavar su propia tumba.

El historiador Luis Castro, experto en la represión franquista en Burgos, sostiene *que,* con los datos actuales y sin que pueda tomarse como cifra definitiva, fueron asesinadas en esta provincia cerca de 1660 personas entre 1936 y 1941; algunas fusiladas tras ser condenadas a muerte por un consejo de guerra y otras fallecidas en la cárcel, pero la gran mayoría —hasta un 75 por ciento—asesinadas durante los primeros meses de la guerra. Castro ha investigado asimismo los perfiles de las víctimas: los profesionales que más sufrieron la represión fueron los agricultores, seguidos de jornaleros y peones, trabajadores cualificados, industriales y maestros.

Según los datos aportados, veinte maestros fueron fusilados y otros veinte

«desaparecieron», es decir, que con toda probabilidad fueron asesinados y enterrados en fosas comunes. En ese segundo grupo afirma que se encontraba «el maestro de Bañuelos de Bureba, cuya identidad desconocemos, pero cuya desaparición nos consta por testimonio de Rafael Martínez, de Briviesca». Ese maestro des conocido era catalán,

de Montroig del Camp, y se llamaba Antoni Benaiges Nogués.

QUERALT SOLÉ - Historiadora. Universitat de Barcelona







EL MAESTRO QUE PROMETIÓ EL MAR

Esta es la historia de una promesa incumplida, la que hizo un maestro a sus alumnos. El

maestro era Antoni Benaiges. Los alumnos eran los niños de la escuela rural de Bañuelos de Bureba, un pueblo de la provincia de Burgos. La promesa la hizo un día de invierno del año 1936. Les prometió el mar ...

Esta es también la historia de un rompecabezas, porque está llena de incógnitas, de interrogantes y, hasta hace poco tiempo, de piezas que no encajaban. ¿Quién era Antoni Benaiges? ¿Por qué se hizo maestro? ¿Por qué se marchó de Cataluña? ¿Qué hacía en Bañuelos de Bureba? ¿Por qué no pudo cumplir su promesa? ¿Cómo murió? Si las pistas que dan las claves de su vida y que explican su muerte no encajaban era porque

nadie las había reunido, porque estaban dispersas, diseminadas por los distintos lugares donde vivió y vivieron todos aquellos que lo conocieron y que, a pesar de los años transcurridos, no lo olvidaron.

Esta es, sencillamente, la historia de Antoni Benaiges, un maestro. Las piezas de este rompecabezas se han localizado en Montroig del Camp, en la provincia de Tarragona, donde sus familiares toda vía conservan sus fotografías y sus cuadernos; en Bañuelos de

Bureba y en Briviesca, donde sus antiguos alumnos, pese al temor, el silencio y el olvido

impuestos por la Guerra Civil, siguieron recordándole; y se han hallado también en México, donde viejos amigos y compañeros de profesión de Antoni, a pesar del tiempo y la distancia, supieron mantener viva su memoria. También se ha obtenido

información consultando varios archivos y centros de documentación.

Pero la pieza clave que permitió encajarlo todo no apareció hasta el mes de agosto de

2010. Fue a raíz de la exhumación de una fosa común en el paraje burgalés de La Pedraja. Entre los restos óseos que allí se hallaron, emergieron con fuerza la figura y la memoria de un maestro aparentemente olvidado: Antoni Benaiges.

Los historiadores y los investigadores tienen aún bastante margen para profundizar en

la biografía de este maestro freinetista, de esta figura singular y destacada del movimiento de renovación pedagógica de la década de los años treinta en España.

Por mi parte, me limito a contar quién era Antoni Benaiges y a tratar de aclarar por qué

aquel maestro no pudo cumplir la promesa que hizo a sus alumnos.

UNA CAJA LLENA DE RECUERDOS

Todo lo que queda de Antoni Benaiges se conserva en una caja de cartón. Es poco.

Unas fotos en blanco y negro y unos cuadernos antiguos impresos de forma

rudimentaria que la familia guarda desde hace muchos años. Es una caja pequeña decorada con estampas rurales de tiempos pasados. «Parece un costurero», dice Elisa Benaiges, sobrina de Antoni, que vive aún en Montroig del Camp donde, generación tras generación, han nacido los Benaiges. «Debía de ser una de aquellas cajas que vendíamos en la tienda...», precisa con algo de nostalgia. La tienda era un estanco en el centro del pueblo que la familia había regentado antes de la guerra. Era uno de aquellos

establecimientos donde se vendía de todo. Al terminar la guerra, los Benaiges lo perdieron o, mejor dicho, se lo arrebataron. La paz que impusieron los vencedores estableció un nuevo orden y se dio el estanco en propiedad a una viuda de guerra del bando nacional. El «nacional» no ha sido nunca el bando de los Benaiges. Ellos eran republicanos. Eran de esos republicanos que lo siguen siendo. Del mismo modo que siguen viviendo en Montroig, cerca de la antigua casa familiar donde estaba el estanco y del mismo modo que siguen guardando esa caja con los recuerdos de *Anton,* que era como lo llamaban sus familiares.

La familia, primero su madre, luego sus dos hermanos, Mercè y Jaume, y ahora sus sobrinos, ha conservado aquella caja. Aquello era todo lo que les quedaba de él. Dicen que desapareció el día en que estalló la Guerra Civil, el primer día, y nadie volvió a verlo jamás. Dicen que lo mataron. Durante muchos años eso fue todo lo que sabía la familia: que desapareció y que, según se contaba, lo habían matado. «Lo único que teníamos era un recorte de periódico que alguien nos envió donde se decía que había muerto, pero nada más», afirma Elisa. La única certeza que tenían era que estaba muerto. Muerto y

enterrado, pero no sabían dónde. Eran tiempos de miedo y de silencio. No se miraba atrás y cuando se hablaba del pasado había que hacerlo a media

voz.

Lo que sí recuerdan los sobrinos, Elisa Benaiges y Jaume Roigé, es que de pequeños les

gustaba abrir aquella caja llena de encanto y cierto misterio. Según confiesan, todavía la abren, de vez en cuando, para contemplar aquellos cuadernos que un día su tío les mandó desde muy lejos, desde un pequeño pueblo en la provincia de Burgos donde ejercía de maestro. Seguramente tienen una historia extraordinaria. Esas publicaciones y las fotos forman parte de las pie zas del rompecabezas que, hasta hace *poco,* nadie había podido o sabido encajar.

¿Qué historia esconden los cuadernos? ¿Qué fue de sus autores, de aquellos niños, y de aquel maestro de Montroig? Todo lo que queda hoy de Antoni en casa de los Benaiges son unos pequeños cuadernos impresos de forma artesanal vinculados a la infancia de

sus sobrinos y de todos los niños de la familia. No tienen nada más. Quizás por eso han

conservado durante tantos años y con tanta devoción estos objetos, porque no sabían qué recordar y porque esperaban que algún día alguien les dijera quién fue su tío y cuál fue su historia.

UNA MIRADA EN UNA FOTOGRAFÍA Los cuadernos de la caja son exactamente 13.

Tienen el tamaño de una libreta mediana. Seis corresponden a una publicación llamada

Gestos, tres a otra que lleva el título de *Recreo* y los cuatro restantes son monográficos especiales. Todo en ellos es antiguo: el color del papel de las portadas) los dibujos que los ilustran) el tipo de letra) los textos) lo que cuentan. . .

Todos son similares y llevan en la portada un grabado de un dibujo realizado por los

autores de los textos) los niños de la Escuela Nacional Mixta de

Bañuelos de Bureba.

Todos menos uno. La excepción es el titulado *El retratista)* en cuya portada) en lugar de un grabado) hay una fotografía. Es la foto de los niños y las niñas de la escuela y de Antoni Benaiges, que fue el maestro de Bañuelos desde 1934 hasta 1936. Aparecen 17

alumnos colocados en tres filas: en la primera hay cinco sentados en un banco; en la segunda, seis de pie; y en la tercera, los seis restantes. En el centro de esta última fila vemos al maestro. Lo primero que sorprende es lo distinta que resulta la mirada de los niños de la de Antoni. Los niños de Bañuelos posan para la ocasión con sus mejores trajes y miran al fotógrafo embelesados, atónitos y algunos se diría medio asustados. No creo que pueda decirse que alguno de ellos sonríe a la cámara. El único que lo hace es el

maestro. La suya es una sonrisa cargada de intención. Contemplando la fotografía y puestos a imaginar, diría que es como si los niños mirasen a la cámara y el maestro nos mirase a nosotros. En realidad) es más que una sensación, es como si el maestro supiese

que es mirado y por eso, con cierta picardía y satisfacción, nos dedicase una sonrisa.

En el cuaderno, después de la fotografía en cuestión y de un breve artículo escrito por el propio Antoni, hay una redacción de los niños que, simplemente, narra lo que ocurrió aquel día en la escuela de Bañuelos. El valor documental del texto justifica totalmente

su íntegra reproducción: *Un día vino un retratista a la Escuela. El maestro le preguntó: — ¿Quién es usted?*

—Soy de Briviesca y vengo a ver si quería sacar una fotografía de los niños de la Escuela.

—Sí, sí; ya tenía ganas de tener una fotografía de los niños. El maestro nos dijo que fuésemos a lavamos y arreglarnos.

Cuando vinimos, bajamos los dos bancos a la calle y el retratista nos puso bien y nos retrató.

Nos extrañó mucho cómo sacaba las fotografías.

Primero salíamos muy negros, pero después salíamos bien.

El retratista decía: —¡Mira, mira¡ aquí. . . Ya está.

Salimos bien. El maestro se reía y dijo que sólo había salido uno con cara de bobo.

Por dos retratos llevaba seis reales y los nuestros uno una peseta.

Después empezó a venir gente y muchos se retrataron.

Tomás venía de la tierra y se retrató con el azadón y el hacha y con el Ruso.

La madre de la Felisa decía:

-No es por nada, pero mi hija es la que mejor ha salido.

El retratista vino con Rabacholo, el dulcero de la Fiesta. Traían un burro. En un seno de las alforjas ponían la máquina y en el otro las cosas que vendía Rabacholo: arroz, pimiento molido, almendras, chocolate y jabón.

El maestro, aunque pocas perras tenía, nos compró un paquete de almendras y nos las repartimos. ***1***

El retratista (abril de 1936), pp. l-10

l. Las citas textuales se han reproducido literalmente, tal y como aparecieron publicadas, y se ha utilizado la indicación [sic) únicamente para señalar casos excepciona les en los cuales los errores, tipográficos o de otro tipo, podrían dificultarla lectura.

El relato que hacen los niños de la escuela describe la pequeña fiesta que supuso para

los habitantes de Bañuelos la llegada del retratista y cómo, con su presencia, se vio

alterada la rutina de aquel pueblo de las tierras burgalesas. La descripción de los alumnos contrasta con la reflexión del maestro sobre la visita del fotógrafo. En el prólogo de la publicación, Antoni escribía: *¡El retratista! Todo aquí es tan nuevo, que todo, la menor cosa levanta júbilo. Dentro de su abandono, ¡dichosos ellos, estos niños! Por eso yo digo: dad a los pueblos, a las aldeas. . . Dadles, no luz de ciudad, sol artificial, sino luz de su luz, luz que sea también calor, sabor, alma. Luz y alma. Y antes que eso, ineludiblemente, pan, satisfacción de pan. Y*

entonces veríamos qué son los pueblos, qué son las aldeas. . .

Ese caudal de alegría, esa llama y ese fresco, ¡ese primor que ahora sólo y a pesar de todo mana de los niños, no sería rostro y alma mustios, queja y vejez en los hombres, en los mismos mozos.

¡El retratista! He aquí, niños, lo que os trajo, sin traérosla: una perla.

El retratista (abril de 1936), prólogo Bañuelos de Bureba, en la época de la visita del fotógrafo y en los dos cursos en los que Antoni hizo allí de maestro, tenía poco menos de 200 habitantes. Según certifica un documento oficial de aquellos años, en el municipio, perteneciente al partido judicial de Briviesca, había 58 casas, y a la escuela iban, cuando iban, 32 niños. ¿A quién se dirigían aquellas publicaciones? Es poco probable que la gente de Bañuelos entendiese lo que estaba haciendo Antoni Benaiges.

El contraste entre aquel maestro que publicaba cuadernos con los escritos de sus alumnos y los habitantes de Bañuelos, campesinos, en gran parte analfabetos, debía de ser notable. ¿Qué hacía allí, en aquel pueblo aislado, un maestro de ideas y método tan

avanzados a su época? ¿Lo mandaron allí por alguna razón o fue él quien lo eligió?

En la fotografía con los niños se le ve satisfecho, seguro de sí mismo y diría que incluso feliz. Quizás el problema fue justamente ese contraste: en Montroig, en casa de los Benaiges, siempre se ha dicho que a Antoni le pasó lo que le pasó porque era un maestro comprometido e hizo que los niños de Bañuelos fuesen a la escuela cuando sus padres, o los caciques del pueblo, querían que trabajasen en el campo.

Eso es lo que me cuenta Jaume Aragonès Benaiges, hijo de Elisa Benaiges, una de las personas que más han hecho para desenterrar la historia de Antoni y rescatarla del olvido.

UNA POSTAL DE MONT-ROIG

Antoni Benaiges nació en Montroig del Camp en 1903. Era hijo de Jaume Benaiges Just

y de Teresa Nogués Sarda. Los Benaiges, como la mayoría de los habitantes de Montroig, eran campesinos. No eran ricos, pero tampoco

eran pobres, y complementaban los

ingresos que proporcionaba el cultivo de las tierras que tenían en propiedad con los que

daba el estanco, situado en la calle Mayor.

Tras una larga enfermedad, una neumonía, en 1915 murió el padre de familia. Antoni,

en aquel momento, tenía 12años. Se desconocen los planes que tendrían los Benaiges para su futuro, pero fuesen los que fuesen se vieron alterados por la muerte del padre.

Tuvo que prestar apoyo a su hermano mayor y, con la ayuda de un jornalero, tuvieron

que hacerse cargo de las tierras de la familia, mientras que la madre y la hermana se ocupaban del estanco.

El campo no era ni mucho menos la vocación de Antoni Benaiges. Por eso, al liquidarse

las deudas contraídas por la enfermedad paterna, y más tarde de lo que era habitual, inició los estudios de magisterio. Es probable que en un primer momento tuviese que compaginar los estudios nocturnos con sus obligaciones en el campo. Estudió por libre el primer curso y se examinó en 1925 en la Escuela de Magisterio de Ávila, un centro que eligió porque allí se encontraba Dolors Nogués Sarda, una de sus tías. El segundo curso y hasta terminar la carrera estudió en la Escuela Normal de Maestros de Barcelona. En una nota publicada en *La Vanguardia* en agosto de 1929, entre los nombres de la lista de nuevos titulados se encuentra el de Antoni Benaiges Nogués. Tenía 26

años, no había sido fácil, pero lo había conseguido, ya era maestro, una vocación nada

extraña ni ajena a la tradición familiar.

Entre los miembros de la rama materna, la de los Nogués Sardá, se hallan figuras relevantes del magisterio y de la pedagogía catalana del siglo pasado. Un tío de Teresa Nogués, la madre de Antoni, Agustí Sarda Llaberia, fue un destacado pedagogo y político republicano, y dos de sus hermanos, Agustí y Dolors Nogués Sardá, fueron maestros. Además, una prima de Antoni, María Nogués Vidiella, y su marido, Juan Benimeli, ambos maestros, se cuentan entre los precursores de la

introducción en las escuelas españolas del método Freinet.



Superior Miembros de la familia Benaiges A la izquierda, sentado en el suelo. Antoni Benaiges, y junto a él. la niña con trenzas, María Nogués Vidiella. que también sería precursora del método Freinet en España Sentado a la derecha y rodeado de niños. Jaume Benaiges, hermano de Antoni Inferior Imagen de la época de a iglesia de Montroig del Camp.



Derecha Postal número 14. Subida a la ermita de Nuestra Señora de la Roca.

Sosteniendo un paraguas negro, Antoni Benaiges.

Inferior La familia Benaiges en la playa En los años en que Antoni aún vivía en Montroig.



Según Jaume Roigé y Elisa Benaiges, los sobrinos de Antoni, las dos ramas de la familia,

los Benaiges y los Nogués, coincidían todos los veranos en una casa de campo que tenían en Les Pobles, a cinco kilómetros del núcleo urbano de Montroig del Camp, cerca del mar. Jaume y Elisa eran muy pequeños y recuerdan que en aquellas largas veladas de las noches veraniegas los mayores se reunían y charlaban hasta altas horas, pero ignoran de qué hablaban.

¿Quizás de política?

¿Quizás de educación? Quién sabe. . .

Un testimonio gráfico de aquellos años es una colección de postales de la viuda de Benaiges —se llamaban así porque se editaron y se vendían en el estanco familiar—, en las que, bajo el lema «Recuerdo de Montroig», se mostraban los parajes más

pintorescos de este pueblo del Baix Camp. En algunas de esas postales se ven grupos de

personas. La mayoría son vecinos de Montroig y aparecen también algunos miembros

de la familia Benaiges. Son imágenes idílicas, recuerdo de un tiempo y

un lugar pacíficos y tranquilos.

UNA CARTA DE MÉXICO

Aunque pueda parecer extraño, para resolver el rompecabezas de la vida y la muerte de

Antoni Benaiges hay que viajar en el espacio hasta México, y en el tiempo, hasta el año

1979, cuando Fernando Jiménez Mier y Terán se encontró en la necesidad de buscar una

escuela para su hijo. Pidió consejo a un amigo, que le contó que conocía una muy recomendable, pero que era muy pequeña y estaba muy solicitada. Lo mejor de aquella escuela era el maestro que enseñaba en ella. Le advirtió que su método era distinto y peculiar y de que, además, era muy mayor. Aquel maestro tan especial era el español José de Tapia Bujalance, que había tenido que exiliarse a México al final de la Guerra Civil y en aquellos momentos tenía 83 años. El encuentro con el anciano maestro, además de resolver el problema de la escolarización de su hijo, marcó definitivamente el futuro académico y personal de Fernando Jiménez. La relación que se estableció entre

ambos fue de amistad e intercambio. Cuando Femando, que era profesor en la UNAM

(Universidad Nacional Autónoma de México), conoció la trayectoria de José decidió que

no podía dejar pasar la ocasión de estudiarla en profundidad y de hacerla pública.

Durante los años en que José mantuvo su actividad laboral, que fueron muchos aún ya

que vivió hasta los 93, Fernando y él quedaron muchas tardes y repasaron su vida y su

historia. Fruto de aquellas conversaciones se publicó *Un maestro singular: Vida, pensamiento y obra de José de Tapia.* A partir de ese

libro, Fernando Jiménez inició un proceso de investigación intenso y exhaustivo sobre el movimiento de maestros que en la década de los años treinta en España, especialmente en Cataluña, pusieron en práctica las nuevas técnicas educativas de Celestín Freinet.

José de Tapia, según le contó él mismo a Fernando Jiménez, quería hacerse militar pero

terminó siendo maestro de escuela, una profesión que en las primeras décadas del siglo

pasado ni estaba muy bien considerada ni en absoluto bien remunerada. Un dicho popular lo decía bien claro: «Pasarás más hambre que un maestro de escuela». Por lo tanto, los que ejercían de maestros o tenían mucha vocación o no tenían mejor salida.

Además, por si fuera poco, en aquellos tiempos la movilidad entre los maestros era muy

alta y, a menudo, les podía tocar cubrir una plaza en el lugar más remoto y alejado de la

geografía española. Así pues, en septiembre de 1920, José de Tapia, que era natural de

Córdoba, llegó a Cataluña para hacerse cargo de una pequeña escuela rural en el pueblo

de Montoliu, en Lérida. La coincidencia hizo que a otros pueblos de las comarcas leridanas fuesen a parar un grupo de maestros jóvenes con un cierto espíritu revolucionario, con mucha iniciativa y mucha vocación. Otro joven maestro entusiasta

destinado a Lérida fue Patricio Redondo, que era de Guadalajara y que, también en 1920, se hizo cargo de otra escuela unitaria, la de Puigverd. José y Patricio se reunían con otros maestros de la zona, todos ellos titulares de escuelas rurales. Se encontraban de vez en cuando para merendar o para hacer tertulia. Aquellas reuniones dominicales

informales se hicieron regulares, el grupo se dio a conocer con el nombre de Batec y, con el tiempo, se acabó constituyendo en cooperativa. Uno de sus miembros fundadores, Jacint Palleja, describe aquellos encuentros como sigue: *Las reuniones del Grupo Batec, conocidas simplemente como Batec, eran completamente abiertas a quien quisiera asistir [. .].*

En nuestros Batec se puso en claro que la misión del maestro no se limitaba a la enseñanza de la lectura, el dominio de las cuatro reglas y la redacción de una carta. Su misión era más compleja, más comprometida.

Fernando Jiménez, *Freinet en España: la revista Colaboración,* Barcelona, 1996, pp. 20-21

Herminio Almendros dio el impulso definitivo al grupo Batec. Su aportación resultó determinante. Herminio era inspector de primera enseñanza *y)* según decían aquellos que lo trataron) destacaba por su sensibilidad y por su conocimiento de las nuevas técnicas pedagógicas que empezaban a desarrollarse en Europa. Herminio decía en un escrito:

Era yo joven [. . .]. Recorrí comarcas del amplío sector que me

correspondió. Llegué a las escuelitas rurales del llano y de la montaña;

escuelitas mixtas, de un solo maestro la mayor parte, apartadas y

olvidadas. Me detuve en ellas, observé bien su trabajo, reuní pequeños

grupos aquí y allá.

¿Qué podía hacer yo por aquellas escuelas pobres, descuidadas, que el

Estado no atendía y que el caciquismo municipal despreciaba? ¿En qué

podía yo ayudar a aquellos maestros, muchos de ellos desanimados y

hundidos en la soledad?

Fernando Jiménez, *Freinet en España: la revista Colaboración,* Barcelona, 1996, p. 23

Lo cierto es que Herminio Almendros hizo mucho por aquellas escuelas y por aquellos

maestros. Ayudó a organizarlos y les dio una idea en la que creer. Un nuevo método de

trabajo. Hacía poco tiempo que un maestro francés) Célestin Freinet) había creado un nuevo modelo pedagógico basado en el

cooperativismo) en el trabajo en equipo en la escuela y en un profundo respeto del maestro hacia los alumnos. Era un método que pretendía «dar la palabra al niño», con la ayuda de una nueva técnica de enseñanza en la que destacaba de forma especial el uso de la imprenta en la escuela como herramienta

de aprendizaje y de socialización.

La primera vez que, gracias a la iniciativa y la determinación de Herminio, se introdujo

una imprenta en la escuela fue en Montoliu, en la pequeña escuela de José de Tapia. Fue

en el curso 1930-1931. Esos primeros cuadernos rudimentarios y elementales que

surgieron de aquella primera experiencia muestran claramente el gran potencial de la nueva técnica, que empezó a ser imitada por otros maestros del grupo Batec. Patricio Redondo, en un artículo escrito unos años después, narra la reacción de aquellos compañeros suyos, de aquellos maestros pioneros, al ver su idea hecha realidad. Habla en concreto de una de las primeras redacciones infantiles que se imprimieron en Montoliu, sobre el tema de la reproducción de las lagartijas: *¡Quién puede olvidar aquella discusión de los Maestros con los niños sobre sí la reproducción de las lagartijas era ovípara o vivípara y lo que los compañeros Tapia y Almendros tuvieron que buscar y revolver para convencerse de que lo que los niños decían era verdad! Una vez más, los niñosfueron maestros de los Maestros y, como siempre, la realidad y la vida Maestros de todos.*

Patricio Redondo, «Evolución pedagógica de "Nuestra Técnica"», *Colaboración,* número 6 (agosto de 1935), p. *55*

Este método pedagógico, ensayado por primera vez en una pequeña escuela de Lérida,

arraigó y se extendió rápidamente a otras escuelas rurales que pretendían convertir la

imprenta en una nueva herramienta que transformase la relación tradicional entre educado res y alumnos en un escenario más abierto y más libre. Según confesó Célestin Freinet a Herminio Almendros en uno de los frecuentes encuentros que mantuvieron, era en España,

concretamente en Cataluña, donde su técnica se estaba entendiendo mejor. Así pues, aquel grupo inicial de maestros rurales de Lérida fue la semilla de un movimiento cooperativista notable, que reunió a un conjunto de educadores muy activos que ampliaron las fronteras de la pedagogía española de los años treinta. Su obra más destacada, aparte de la labor cotidiana que realizaban en las escuelas, fue la publicación de la revista *Colaboración,* el boletín oficial del grupo. Se editaba en Vilafranca del Penedés, el primer ejemplar apareció en marzo de 1935 y el último, en julio de 1936. Solo se editaron quince números. La revista es uno de los documentos más valiosos que se conservan en la actualidad sobre la cooperativa. A través de los escritos de sus principales colaboradores, que solían ser también los miembros más entusiastas, puede saberse quiénes eran, cómo pensaban y qué hicieron durante su breve período de actividad. Entre las firmas más destacadas y habituales de la revista están los nombres de José de Tapia, de Patricio Redondo, que firma con el pseudónimo de *Paco Itir,* y a partir del cuarto número también el de Antoni Benaiges.

Las trayectorias de José de Tapia y Patricio Redondo fueron muy similares. Los dos se exiliaron a México y los dos lo hicieron con la imprenta bajo el brazo. Ejercieron de maestros y publicaron cuadernos con sus alumnos hasta el último día de sus vidas. En la escuela de San Andrés Tuxtla, Veracruz, donde trabajó Patricio, todos los cuadernos llevaban su nombre, los de los alumnos y otros dos, el de Célestin Freinet y el de Antoni Benaiges. Este fue uno de los motivos por los que el profesor mexicano Fernando Jiménez descubrió la figura de Benaiges y se interesó por él. Por otra parte, en su incansable investigación sobre el movimiento pedagógico Freinet en España, también entrevistó a Juan Benimeli y María Nogués Vidiella, prima de Antoni, que le contaron lo poco que sabían de los últimos años de su vida y le confirmaron que la familia conservaba, en aquella caja de cartón, todos los cuadernos que había publicado en su etapa de maestro en Bañuelos de Bureba. Con esas referencias, buscó la dirección de la familia en Montroig y les escribió una carta. Esto ocurría en el año 2004 y la persona que se encargó de responder fue Jaume Aragones, el hijo de Elisa Benaiges.

CAMINO DE BAÑUELOS DE BUREBA «La carta me sorprendió —

recuerda Jaume Aragonès—. Francamente, no teníamos la sensación

de que aquellos recuerdos que guardábamos en la caja fueran nada

especial. . . No sé, no pensábamos que fuesen importantes. Pero

aquel profesor mexicano decía todo lo contrario, que tenían un gran

valor, y por eso nos pidió que le escaneásemos todos los

documentos que teníamos en casa. Hice lo que nos pedía y,

mientras escaneaba los cuadernos, volví a leerlos y empecé a verlos

de otra manera, nueva y distinta». La carta despertó la curiosidad

de Jaume y fue como si, de repente, las preguntas que siempre se

había hecho sobre su tío abuelo reclamasen una respuesta urgente.

¿Quién era Antoni Benaiges? ¿Qué hizo? ¿Cómo murió?

¿Dónde estaba enterrado? ¿Lo mataron? Y si lo mataron, ¿cómo lo hicieron? ¿Por qué lo

hicieron? Con un interés renovado e incentivado por la carta de Fernando Jiménez, consultó la hemeroteca de *La Vanguardia,* donde encontró el anuncio del día en que Antoni había conseguido el título de maestro, escribió a la Administración para consultar sus expedientes académicos y laborales y pasó horas y horas buscando en Internet todo lo que pudiese relacionarse con el método Freinet, con Bañuelos de Bureba y, en especial, todo lo que pudiese darle alguna pista de qué había hecho y qué le había ocurrido a Antoni Benaiges.

Como tantas y tantas familias víctimas de la represión, los Benaiges, sin remedio y sin

quererlo, habían levantado un muro de silencio en torno a la figura de Antoni.

«Sencillamente no hablábamos de él —recuerda Elisa—, y cuando lo hacíamos era

porque la abuela lo mencionaba de forma ocasional. Por ejemplo, recuerdo que me decía: "Si el pobre de tu padrino Antón estuviese

vivo, ¡anda que no bailaríais!': Porque al parecer era muy buen bailarín y muy alegre». La carta de México fue determinante para despertar el interés de la familia y para empezar a romper con el silencio y el olvido.

Consultando su expediente laboral, Jaume Aragonès descubrió cuáles habían sido las escuelas donde Antoni había empezado a ejercer. En aquella época, los traslados eran frecuentes para un maestro antes de conseguir una plaza de titular y un destino definitivo. Los primeros tres años de profesión los pasó en distintas escuelas de Madrid como suplente. En 1932 regresó a Cataluña, a Vilanova i la Geltrú, como maestro interino de la Escuela Graduada de Niños. Existe poca información sobre lo que hizo durante esos años, a diferencia de lo que ocurre con la época de Bañuelos, de la que sí hay bastante documentación y muchos escritos y cartas personales. De todas formas, parece que la estancia en Vilanova fue vital para la formación de su ideario. No se sabe exactamente cuándo tuvo Antoni conocimiento de lo que era el método Freinet. Se sabe,

eso sí, que Célestin Freinet, en 1933, fue invitado a dar unas conferencias en la Escuela

de Verano de la Escuela Normal de la Generalitat de Catalunya y que es más que probable que él asistiera. Se sabe también que en Vilanova bautizó su clase como Batec, un nombre con fuertes connotaciones freinetistas. Y se sabe, sobre todo, que en 1934

Patricio Redondo fue designado director de la escuela, donde coincidió durante unos meses con Antoni. De los dos años que pasó en Vilanova, afirmaría sin temor a equivocarme que fueron decisivos y determinantes para su formación como maestro y como persona. Debió de ser en Vilanova donde empezó a probar las técnicas Freinet, y

fue allí donde entabló una relación personal y profesional con Patricio Redondo que lo

marcó profundamente. No se sabe si se conocían de antes; en cualquier caso, en los meses que pasaron jun tos en Vilanova, la relación fue tan intensa y estimulante que bastaron para unirles no solo en el trabajo, sino también en la vida. Se convirtieron en íntimos amigos. Teniendo en cuenta la trayectoria y la vehemente personalidad de Patricio, creo que no podía ser de otro modo.

En un trabajo sobre la enseñanza en Vilanova en los tiempos de la

República, el historiador F. X. Puig Rovira describe la peculiar personalidad de Patricio Redondo, o *Paco Itir,* que era su «nombre de guerra», con el que firmaba artículos y declaraciones:

«Era una persona que llamaba la atención tanto por su forma de vestir —era habitual verlo pasear luciendo una vistosa y elegante capa castellana— como, ante todo, por lo que decía y lo que hacía. Era declaradamente anarquista e inequívocamente

revolucionario: tanto es así que en 1935 fue detenido por "propaganda extremista" y por tenencia ilícita de armas». Pese a que coincidieron durante poco tiempo, la influencia que ejerció Patricio Redondo sobre Antoni Benaiges es indiscutible, como reconocería él mismo en algunos escritos posteriores. En un artículo en la revista Colaboración de octubre de 1935, afirma:

Entre otras cosas que aprendí allá en Villanueva y La Geltrú actuando de

maestro al lado de Patricio Redondo -quien hoy se halla en Barcelona

purgando por segunda vez el delito de ser hombre selecto y también

maestro selecto-aprendí a leer. Porque supe lo que era leer. Hay que leer de

tal manera, me decía Redondo, que sí por un momento los que escuchan

cierran los ojos, reciban la sensación de que el lector está conversando. Más

llano no puede ser. En la conversación si se sabe hablar, hay algo de

música.

Antoni Benaiges, «Leer», *Colaboración,* número 7 (octubre de 1935), p. 62

Cuando llegó un destino definitivo para Antoni Benaiges, cuan do por fin lo nombraron

titular de una escuela, Patricio le regaló un libro con una dedicatoria personal. Es una

dedicatoria que confesó haber leído miles de veces:

Para Antonio Benaiges

¡La imprenta en la Escuela! ¡El problema de la Escuela resuelto!

¡El problema de la Escuela resuelto y nada más y nada menos!

Y la humanidad de pie. Hay que saber verlo, hay que saber vivirlo y sobre todo hay que saber que nuestra vida se ha de consumir en eso, sin que as a lo largo de nuestra existencia, ni al acabamiento de ella pueda entrarnos por los ojos el coronamiento de la obra, porque esta ha de ser el resultado de la actuación de todas, absolutamente de todas las Escuelas; y la nuestra no es más que una. ¿Estamos? Pues sabiendo hablar mucho y bien, hay que saber, imprescindiblemente, hablar poco y hacer mucho. ¡Mucho! ¡Salud!

Antoni Benaiges, «La imprenta en la Escuela», *Colaboración,* Número 4 (junio de 1935), p. 29

Estas palabras llenas de entusiasmo y de pasión son el principal bagaje que se llevó Antoni hacia su nuevo destino. Un pueblo pequeño y perdido, como pequeños y perdidos eran la mayoría de los pueblos donde otros maestros estaban poniendo en práctica la técnica Freinet. Quiero imaginar que Antoni, como parte de un colectivo pionero que pretendía hacer historia, al ser asignado a Bañuelos de Bureba, sintió que no podía haber ni un lugar ni un destino mejores para hacer su trabajo.

UNA IMPRENTA Y UN GRAMÓFONO

Si la primera víctima de una guerra es la verdad, la primera víctima de una guerra civil

como la que vivió España en el siglo pasado es la esperanza. Las generaciones que sobrevivieron a todo aquel horror y a toda aquella miseria tuvieron que enterrar a sus muertos cuando pudieron hacerlo, porque en muchos casos no pudieron —e,

inmediatamente después, tuvieron que enterrar su memoria. Para sobrevivir tuvieron que olvidar y para olvidar aprendieron a callar. Si el silencio era consecuencia directa del miedo, la desesperanza surgía cuando el miedo había calado tan adentro que la gente tenía miedo de tener miedo.

Acostumbrados a callar, a agachar la cabeza, a no pedir nada y a no esperar nada, no es

de extrañar que en Bañuelos, durante muchos años, nadie se atreviese a hablar en voz alta de aquel maestro que había llegado al pueblo en el año 1934. Tampoco resultaba fácil encontrar a alguien que conservase, o que reconociese que conservaba, alguno de aquellos cuadernos escolares publicados en el pueblo durante los dos cursos en los que

estuvo allí el maestro catalán. Fue en agosto de 2010, con motivo de la exhumación de

una fosa común situada en La Pedraja, a pocos kilómetros del pueblo, cuando Bañuelos

empezó a deshacer el silencio y a recuperar la memoria en relación con el maestro.

El tiempo transcurrido y el olvido impuesto dificultaban hallar testimonios en Bañuelos

que recordasen la escuela de aquellos años y que pudieran contar lo que allí se hacía y

lo que supuso para el pueblo la llegada de un maestro como Antoni. Según nos contó en

su día Jesús Carranza: «Yo era pequeño y todavía no iba a la escuela, pero recuerdo que

el maestro era amigo de los niños. De otros maestros, ante su presencia tratábamos de

escondernos, pero él jugaba con nosotros. Estaba bien considerado, aunque en el pueblo

había algunas familias que no lo veían con buenos ojos por no ser un hombre religioso,

pero a la mayoría no les importaba. Enseñaba a los niños a pensar. Los niños estaban muy contentos con él, porque cambiaron de un maestro que les pegaba con la vara y les castigaba duramente a este que les llevaba de excursión, les enseñaba y hasta les compraba comida».

Sabemos que lo primero que hizo Antoni Benaiges al llegar a Bañuelos fue encargar una

imprenta. Es más que probable que lo hiciese antes de visitar la

escuela, que era pequeña, rústica y pobre, en sintonía con el pueblo, y antes de tomar contacto con sus alumnos, que eran una treintena. También que la imprenta la pagó de su bolsillo. En el

primer trimestre del curso 1934-1935, la escuela de Bañuelos tuvo una imprenta y también un gramófono. Era lo que tenía que ser y no podía ser de otro modo. Había llegado a su destino. Aquella era su escuela, sus alumnos, su sueño. . .

Guadalupe Carranza, hermana de Jesús, también lo recordaba: «Tenía yo 17 años

cuando estuvo el maestro. Enseñaba muy bien, a dibujar, contaba cuentos, pero la gente

del pueblo decía que no en señaba matemáticas ... Era una buena persona y sentimos mucho su muerte. A los jóvenes nos daba academia y nos ponía baile los domingos.

Bailaba el tango estupendamente. A mí me quiso enseñar, pero soy zurda y no pude aprender».

Había, pues, vecinos que desconfiaban del nuevo maestro y de sus técnicas educativas,

para aquel tiempo y para aquellas gentes, revolucionarias. Un recelo hasta cierto punto

comprensible teniendo en cuenta cómo era Bañuelos de Bureba en el año 1934, cuando

llegó Antoni. Parte de lo que sabemos hoy del pueblo y de cómo se vivía en él nos ha

llegado gracias a su imprenta y a los cuadernos que allí se publicaron. Sabemos, por ejemplo, a través de un texto de Felisa Viadas, que los inviernos eran muy duros, que las temperaturas eran extremas y que el sábado 26 de enero del año 1935 cayó tal nevada que la escuela se vio obligada a cerrar más de una semana:

Estos días ha nevado mucho. Los hombres dicen que ha caído más de una

vara. Yo no lo sé porque no lo he medido. Los más viejos del pueblo no

habían visto una nevada como ésta.

El sábado 26 de enero comenzó a nevar. El domingo ya no pude ir a misa.

Y toda la semana sin venir a la Escuela.

Los pobres pájaros se metían en nuestras casas, helados. Por las calles no se veía a nadie. Algunos, a veces, salían a hacer senda. Senda para ir al río, a la taberna, a la iglesia, a los pajares . . .

Nadie podía entrar ni salir de Bañuelos. El cartero estuvo diez o doce días

sin venir. En las casas comenzaba ya a faltar de todo.

Durante la nevada ha muerto una mujer. Cogió frío y le vino un [sicJ

parálisis.

Gestos, número 2 (abril de 1935), p. 5

Que aquel año fue frío y que las nevadas fueron importantes lo corroboran otras redacciones. En el mismo cuaderno, Bernarda Ortiz comenta que un grupo de gitanos que pasaron por el pueblo tuvieron que quedarse una semana por culpa de la nevada:

Han venido cuatro gitanos a Bañuelos. Estuvieron un mes en Carrias.

La nieve no les dejaba salir. Llevan seis burros. Las mujeres van por las casas vendiendo cestas, ligas, botones. . . Nos piden cebada para los burros y legumbres, patatas y pan para comer ellos. También querían café.

Casi todos los años vienen esos mismos gitanos. Otras veces van más. Son

muy poco de fiar: Si uno se descuida le cogen una gallina.

Luego dicen que no.

Gestos, número 2 (abril de 1935), p. 8

Cada redacción complementa al resto de escritos y da una visión general de la vida en

el pueblo y de las ocupaciones de sus vecinos. Soledad Palacios habla de la importancia

del horno:

En Bañuelos hay un horno. Está ya muy viejo. El horno sirve para todos los del pueblo. Cada semana un vecino cuida de él. El que primero avisa cuece antes.

Después de cerner la harina para separar el salvado, calientan el agua. Luego amasan, poniendo la levadura. Esta masa la dejan «dormir» unas tres horas. La echan otra vez a la artesa y hacen los panes y las tortas. Calientan el horno y meten el pan a cocer. El horno lo atizan con paja. Algunas veces vamos al horno y ponemos patatas a asar:

Y cuando terminan de cocer nos llevamos la lumbre para los braseros.

Gestos, número 2 (abril de 1935), p. 3

El cuaderno *Gestos,* número 2, incluye otros temas: «Hilando», de Lorenza Sáez, «El río», de Bernarda Ortiz, o «Carnaval», de Concepción López. En el texto «Tabernas», Emerenciana Palacios explica que uno de los espacios de reunión eran las tabernas: *En este pueblo hay dos tabernas. La una es también estanco. Venden vino y aguardiente, moscatel, aceitunas y cacahuetes. Por la mañana los hombres van a beber aguardiente. Algunos se están allí casi todo el día. Los*

domingos hay más gente porque van los mozos. Juegan a la baraja y los que

pierden pagan

el porrón de vino o las copitas.

Gestos, número 2 (abril de 1935), p. 13

En «El médico», Severina García narra la llegada del médico al pueblo:

Ya tenemos médico en Bañuelos. Vino el jueves por la tarde.

Es joven. Y dicen que es muy cariñoso al parecer. No es como otros que venían a visitar y ponían un genio que daba asco. Está de pupilo en casa

de

la señora Rosa.

Antes, cuando uno se ponía enfermo o una mujer daba a luz, había que ir por el médico a Quintana. Al llegar éste el enfermo ya podía estar muriéndose. Se tardaba mucho.

Además de Bañuelos, el médico tendrá otros pueblos: Carrias y Castil de

Carrias. Los de Carrias querían que viviese allí, pero no lo han conseguido.

Gestos, número 2 (abril de 1935), p. 11

Gracias a la imprenta de la escuela, los niños se convirtieron en cronistas de la vida del pueblo. Así sabemos que el reloj de la torre era muy grande y no funcionaba muy bien, porque «a veces son las diez y dan las doce».

Además de los textos de los alumnos, en los cuadernos también pueden leerse

fragmentos de refranes y canciones populares, observaciones meteorológicas o cartas de

otras escuelas que habían recibido ejemplares de las publicaciones de Bañuelos. Por ejemplo, en el número 3 de *Gestos* se reproduce la carta de una escuela de Vilafranca del Penedés: *CARTA ABIERTA a las niñas y niños de la Escuela Nacional de Bañuelos de Bureba (Burgos).*

Estimados camaradas: Hoy hemos recibido dos cuadernos vuestros. Dos. Uno que lleva la fecha del mes de enero y otro, el segundo, que la lleva del mes de abril. Se ve que hacéis uno cada tres meses. Llevan por nombre: «GESTOS».

Muy bien. Nos han gustado mucho. Tanto, que al recibirlos ya os hemos querido escribir una carta. Y también hemos hecho ya el itinerario para ir a haceros una visita. Mirad si está bien. Se sube al tren en Villafranca del Penedés. Se pasa por muchas poblaciones pero las más importantes que se encuentran son Reus y Zaragoza. Aquí se debe cambiar de tren porque la Compañía ya no es M. Z. A. sino que a partir de Zaragoza es la del Norte. Luego viene Logroño, Miranda de Ebro y Briviesca. En Briviesca se baja.

Para ir a Bañuelos de Bureba suponemos que tendríamos que ir a pie o cabalgando sobre un burro, pues nos decís que la carretera está a medio hacer.

Lo más probable es que no haremos este viaje. Nosotros no somos ricos. Nuestros padres son labradores. Y la mayoría de nosotros cultivamos tierras que pertenecen a otros. A los señores, ¿sabéis? Y ahora, como el vino va tan barato no podemos hacer dinero.

Pero no importa. Os explicaremos las cosas de nuestro pueblo.

Nosotros estamos en una comarca que se llama «El Panadés».

Lo que más se cultiva aquí es la viña. Cuando el vino va caro hacemos mucho dinero.

Precisamente en este tiempo se cavan las vides. Se remueve la tierra para que vivan mejor.

También se cultivan granos: trigo, cebada, avena. . . Pero muy poco. Hay también olivos. En este tiempo cultivamos las huertas. Por aquí no pasa ningún río. Se riega del agua que hay en los pozos que llamamos «CÍNIES». Se siembran las patatas, judías, ajos, garbanzos, ensaladas, etc.

Vosotros ya debéis saber cómo se hace todo esto.

Bueno. Os diré que Plana Rodana es un pueblo del ayuntamiento de Olérdola. Este está formado por San Pedro Morlanta, Moja, Víladellops y Plana Rodona. Olérdola es un castillo muy antiguo. Hay ruinas del tiempo de los romanos. El ayuntamiento está en nuestro pueblo. Nuestro pueblo: 53 habitantes. Contados uno por uno. En la Escuela 20 niños. Pero vienen muchos de las casas de campo que hay cerca.

En la Escuela tenemos una imprenta. Y hacemos un cuaderno de trabajos. Se llama «Endavant».

Este es un nombre catalán. Quiere decir Adelante. Es que nosotros, sabéis, somos catalanes. Pero todos los niños entendemos muy bien vuestros escritos.

Claro que vosotros no debéis entender muy bien los nuestros.

Os enviaremos nuestros cuadernos y tendremos intercambio.

Una cosa: ¿por qué no ponéis la música en vuestras canciones que habéis puesto en «Gestos»?

Os voy a decir que [sicJ vuestros grabados están muy bien. Pero nos gustan más los escritos. Los escritos sí que son una maravilla. Nosotros somos muy malos dibujantes, pero hacemos lo que podemos.

Bueno, si queréis seremos amigos. Os saludan en nombre de todos los niños.

J. BADEL y S. DURÁN

Plana Rodona 1º de abril de 19 35.

Gestos, número 3 (julio de 1935), pp. 10-13

A continuación, los alumnos de Bañuelos responden a la carta: Vuestra carta es magnífica. No hemos puesto los grabados porque ocuparía mucho sitio. Y porque no sabríamos hacerlos tan bien como vosotros.

Ahora ya sabemos lo que es «El Panadés».

Os habéis dejado una cosa: en Miranda hay que cambiar de tren. Se deja el de Bilbao y se coge el de Madrid.

Sí, queremos ser amigos. Salud.

Gestos, número 3 (julio de 1935), p. 13

A pesar del absoluto protagonismo de los textos de los alumnos, algunos cuadernos incluyen escritos del propio Antoni Benaiges o de algún escritor relevante. En la contraportada del cuaderno número 2 de *Gestos,* se puede leer: *Si lanzamos nuestro espíritu a los vagos espacios de los tiempos venideros, veremos a los humanos (que españoles ya no habrá) celebrando el CENTÉSIMO CENTENARIO de la publicación del Quijote. B. PÉREZ*

GALDÓS

Gestos, número 2 (abril de 1935), contraportada Gracias a la imprenta de Antoni sabemos también que los niños muchas veces no iban a la escuela porque tenían que ir a trabajar o ayudar a la familia, como escribe Luda Carranza, hermana de Jesús y Guadalupe: Ayer no vine a la Escuela porque estuvimos haciendo la colada.

La colada da mucho trabajo. Primero se ponen las calderas con agua a

calentar: Luego se enjabona la ropa y se pone en una canasta muy grande.

Allí echan el agua hirviendo. En el agua se ha puesto ceniza para que la ropa blanquee más. La ropa así se deja una noche. Al día siguiente se lava en el río y se tiende. Cuando está seca se lleva a casa en el burro. Se dobla y se mete en los baúles y allí se conserva bien.

Gestos, número 4 (enero de 1936), p. 20

Otro texto, firmado por Severino Díez, demuestra que las ausencias no eran puntuales y

que podían prolongarse varios meses:

Nosotros somos siete hermanos: Cipriano, Anastasio, Cecilio, Eladio,

Primitivo, Jacinto y yo. Cipriano es el más pequeño de todos. No tiene más

que dos meses. Yo soy el mayor.

A la Escuela ahora venimos cuatro. Cecilio ha comenzado en

septiembre. Yo he faltado siete meses. No vine más que al principio con este

maestro. Iba muchos días al campo y el maestro me dijo que quería hablar

con mi padre. Mi padre no le hizo casa [sic] y el maestro me despachó.

Ahora estoy otra vez y no falto ni un día.

Eladio y Primitivo también vienen a la Escuela. Ellos han venido siempre.

Jacinto está entre Primitivo y yo y va de pastor:

Gestos *,* número 4 (enero de 1936), pp. 18-19

Y aún sobre la asistencia a la escuela, Florentina, una de las alumnas más pequeñas, reproduce un diálogo con su madre. Es curioso observar que todos los alumnos escriben siempre la palabra *Escuela* con inicial mayúscula:

Yo: —Voy a la Escuela

Mi madre: —No vayas

Yo: —¿Por qué?

Mi madre: —Porque está nevando Yo: —Ya me taparé con la manta Mi madre: —He dicho que no vayas Pero yo me vine a la Escuela.

Recreo, número 3 (julio de 1936), pp. 4-5

Estas redacciones son un ejemplo del tipo de artículos que aparecían en los cuadernos.

Unos cuadernos que, como ya se ha di cho, son difíciles de encontrar en Bañuelos. La

familia Carranza, como muchos otros vecinos, se deshicieron de ellos el día que empezó

la Guerra Civil. «En casa había muchos —contaba Guadalupe Carranza —. Eran de mi

hermana Lucía, pero los tiramos todos. Mi padre también tenía un trabuco y lo enterramos en una finca». A lo que añadía su hermano Jesús: «Aquel día sacaron de la escuela todas las pertenencias del maestro para quemarlas. Ropa, libros y los cuadernos

de los niños. Yo cogí uno por casualidad. . . Estaba escrito a mano y sin imprimir».

En los cuadernos, por más que los miro y los repaso, no encuentro nada que los haga

peligrosos ni problemáticos. No van contra nada ni contra nadie. Son redacciones escolares que retratan la vida cotidiana de los niños de una escuela rural. Unos niños que, a diferencia de otros niños de otras escuelas rurales, tenían una imprenta.

LA PEQUEÑA ESCUELA SE DA A CONOCER

En el primer artículo que Antoni Benaiges publicó en *Colaboración,* la voz pública de la Cooperativa Freinet en España, cuenta cómo llegó la

imprenta a la escuela. Fue en la revista número 4, de junio de 1935, y llevaba por título «La imprenta en la Escuela». Es un artículo sentido y apasionado en el que refleja su ideario y describe con todo lujo de

detalles cómo se vivió la llegada del esperado paquete. En el artículo, Antoni transcribe

textos de su diario personal en los que narra cómo fue aquel día:

Hoy nos ha llegado la imprenta. Mientras abría la caja había expectación entre los niños. ¡Que será! También yo sentía cierta impaciencia. Y gozo.

Al fin aparece. La miramos, la tocamos. Comienzo a poner los tipos en el tablero. Pronto quieren hacerlo todos. Desorden. Trato de imponerme.

¿Pero por qué turbar un momento tan lleno de vida? Además, la culpa era mía. Renace la calma. Al terminar la clase todo ha quedado debidamente distribuido. Mañana arreglaré la prensa y haremos algunas pruebas. Y enseguida el periódico. Le llamaremos «Gestos». Gesto es carácter. Expresión libre.

Matiz. Vida. Atributos de la Escuela.

Los textos del diario personal de Antoni demuestran el entusiasmo y la alegría con los

que se enfrentaba a su responsabilidad educativa que era, para él, mucho más que un

trabajo; aquello era la vida:

Hoy hemos tirado la primera página del periódico. Estupendo. Hasta que se ha terminado no hemos salido de la Escuela.

Era ya de noche. Ningún niño ha querido marcharse antes.

Pero me ha costado gran trabajo conseguir que saliese bien. Por ser la primera impresión, había que poner la prensa en condiciones. Parches y más parches. Más de dos horas preocupado y de mal humor. Los niños mirando calladitos. O *leyendo cuentos. Después ha cambiado la cosa.*

Mientras imprimíamos la tirada todo ha sido animación, charla y canturreo. He llegado a casa muy satisfecho.

Las ideas y el modo de actuar de Antoni quedan claramente reflejados en este artículo

publicado en *Colaboración* en junio de 1935, casi coincidiendo con el final de su primer curso en Bañuelos:

La imprenta en la Escuela es una ventura. Libera al niño de su peor enemigo: el maestro. Hablo en serio. Al maestro cumple demostrar lo

contrario. Esto es, que educa. [. . .] El niño tiene una personalidad, tiene valores propios y característicos. Educar ha de ser algo que respete

estos valores, que no los falsee o reduzca.

Más adelante, relata el proceso habitual de trabajo:

Los niños hacen su vida normal. Juegan. Ríen. Cantan. Corren. Saltan la huerta. Se caen del mulo. . . Toman parte en las. fiestas, costumbres, ritos. . . En la vida del niño hay material abundante para el propósito que nos guía. Yo, el maestro, procuro recoger ese material. Lo más espontáneo posible. Que chorree. Unas veces se refiere solamente a la vida de uno o más niños. Otras, a la vida del pueblo en general. Igual interesan. Partimos siempre de un trabajo escrito sobre el hecho recogido. Sí es general lo escriben todos los niños. En el caso particular únicamente el niño o los niños a quienes afecta. [. . .] Yo, es verdad, intervengo mucho en las redacciones de los niños. Cuando una palabra o un giro es incorrecto o simplemente de poco gusto, hago que de los propios niños salga la enmienda.

Pero sí una vez agotados los recursos no aparece la expresión que buscamos, se la doy yo. Sin titubeo alguno. Las palabras, al fin y al cabo, no son más que vehículos de las ideas. [. . .] En cambio, no seré yo quien dé una idea hecha a un niño, aunque el escrito la reclame.

La idea, si ha de tener valor ha de nacer en cada uno. [. . .] El trabajo está corregido, dispuesto para la imprenta. Dos niños - uno de ellos casi siempre el autor-lo componen. Yo me asomo a menudo, pues lo permite el tener la imprenta en la misma sala de la clase. Hago observaciones. Compuesto el trabajo y hecho el cliché se imprime todo. La impresión la hago yo. Es delicado. Además, en nada desmerece el trabajo del niño. Los primeros

momentos de la impresión despiertan siempre júbilo. La impresión es la síntesis del proceso educativo. Los niños se ven allí, en la hoja, reflejados.

Antoni termina el artículo declarando que la publicación *Gestos* tiene 24 páginas y que saldrá cada tres meses, sin que sea una condición obligatoria, y entre las conclusiones precisa que quiere que los niños usen papel sin pautar:

El periódico no es un. fin, es un resultado. [. . .] No usamos otro.

Porque vamos al sentido profundo de la libertad. Sentido vital.

El papel rayado es pauta. La pauta es conducción. O *lo que es igual, dejarse llevar. [. . .] El niño, para ser educado, necesita camino libre, trazarse por sí mismo la trayectoria de sus actividades.*

¿Que con papel sin rayar el niño escribe torcido? Mejor: Un motivo más para mejorarse yendo derecho. Dejémosle.

Respeto y libertad. Ese es el ideario básico que se desprende del artículo de Antoni Benaiges. Un idealista cargado de sueños e ilusiones que, al parecer, no fue bien comprendido ni aceptado por todo el mundo en su primer curso en Bañuelos de Bureba.

FIN DE CURSO Y VACACIONES

El número 3 de *Gestos,* de julio de 1935, el que cerraba el curso, incluye un artículo de Benaiges que resume su experiencia personal y revela los motivos de su satisfacción profesional. El artículo se titula «Al terminar el curso»: *Es necesario decir algo. Un curso —el primero— trabajando con la*

imprenta. Titubeos, inseguridad, al principio. Pero fe e ilusiones. Al

terminar el curso ya no titubeamos: caminamos con seguridad. Con más fe.

Con más ilusiones. Más amplio el espíritu. Compenetrados [. . .]

Y vacaciones. ¿Vacaciones? Otro mito. Los maestros no tenemos

vacaciones. Así como suena. Donde va el maestro va la Escuela. Este

verano otro Congreso. En Huesca. Allí nos encontraremos, compañeros.

Salud.

Gestos, número 3 (julio de 1935), pp. 25-26





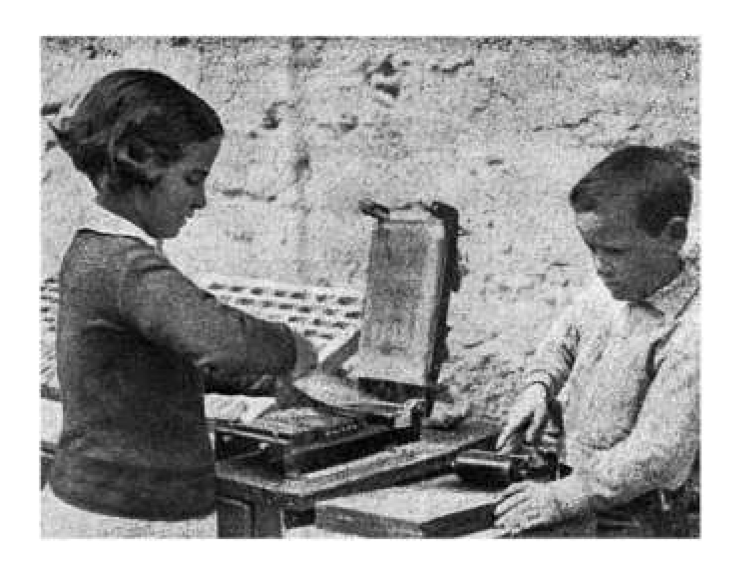
Izquierda Antoni Benaiges (segundo por la derecha, con pajarita) en la puerta de la ermita de San Ramón, 1927.

Superior Antoni Benaiges, Briviesca, 1935.

Inferior Antoni Benaiges con sus compañeros de magisterio durante una excursión realizada en 1927 a Montroig del Camp y al castillo de Escornalbou.



Alumnos de la Escuela Nacional Mixta de Bañuelos de Bureba con la imprenta.



Hasta aquel momento, solo se habían publicado tres cuadernos. Si quería evitar que la imprenta se parase necesitaba dinero *y,* de cara al curso siguiente, pensó que la mejor forma de obtenerlo era por medio de suscripciones. En un artículo,publicado meses después en la revista *Colaboración,* cuenta cómo se decidió por esa solución: Descontados los niños, lo más inmediato para lograr la ayuda que necesitábamos era el pueblo . . . Pero el pueblo . . . ¡apañado está el pueblo! Aquí no hay una perra gorda.

Sólo hay miseria, todas las miserias juntas. Y aunque no fuese así, tal vez tampoco nos

ayudasen. Pensamos entonces, lanzándonos lejos y en todas las Direcciones, en algunos

escritores [. . .]. Pensamos también en amigos y parientes. Sí. Ahí parece que hay una

solución. ¿Cómo lograr la aportación de esas personas? Pues por medio de

suscripciones [. . .]. Serán, más que una suscripción, una ayuda.

Antoni Benaiges, «Rayas. Cómo hemos logrado una ayuda», *Colaboración,* número 15 (junio-julio de 1936), pp. 159-160

Aquel verano de 1935, Antoni asistió al Segundo Congreso de la Técnica de la Imprenta

en la Escuela, que se celebró en Huesca los días 20 y 21 de julio. Fue una buena oportunidad para reencontrarse con sus amigos, *José,* Herminio y otros muchos maestros que, como él, también seguían la misma técnica educativa en otras escuelas rurales, pequeñas y remotas como la suya. Parece que fue un congreso bastante animado, muy participativo y, como todo en aquella época, apasionadamente

apasionado. Un artículo que publicó Benaiges en la revista *Colaboración* en diciembre de ese mismo año da referencia de uno de los temas de discusión y debate, el intercambio de publicaciones entre las distintas escuelas que seguían la pedagogía Freinet: *En el Congreso de Huesca se aprobó el reglamento para el intercambio de impresos presentado y defendido principalmente por el compañero Almendros. No*

me explico que Almendros, que sabe lo estéril y antipático que resulta cortar alas a la libertad, máxime en cosas tan libres y sutil es como son las que conciernen a la educación, pueda mostrarse partidario de encajonar el intercambio en los estrechos límites de un reglamento. Me parece, sencillamente, una gran equivocación. [. . .] Dejad que las escuelas intercambien libremente. Que esa misma libertad les será norte para afirmarse más y más en su caminar. Dejando la cáscara e hincando el diente en la pulpa, que es lo hondo y lo nutritivo. Una sola limitación yo pondría y que algunos compañeros ya han puesto: intercambio libre, pero dentro del área estricta de la «Técnica Freinet».

Antoni Benaiges, «Intercambio de impresos», Colaboración, número 9

(diciembre de 1935), pp. 90-91

En el texto de Benaiges se intuyen el fondo, la forma y también el tono de las discusiones que mantenían los freinetistas. También se reafirman las constantes del carácter y el ideario de Antoni: respeto y libertad. En todo momento, respeto y, siempre, libertad.

Tras asistir al Congreso de Huesca, inició sus vacaciones. Como cada año las pasó en Montroig con su familia. Como cada año se instaló en la casa de Les Pobles y participó de las reuniones de la Caseta del Rellotge, cerca de la playa. El recuerdo que la familia

tiene de la última vez que lo vio es que estaba bien y que era feliz. Aquel verano fue la

última vez que él vio el mar.

SEGUNDO CURSO Y UN CONCURSO DE TRASLADO

En septiembre del año 1935, Antoni Benaiges regresó a Bañuelos de Bureba para encarar

el que tenía que ser su último curso allí. Volvió a la rutina de la escuela y a las privaciones de su vida de maestro. El año anterior, al llegar al pueblo, durante las primeras semanas se ha bía alojado en una habitación de alguna casa que lo acogió como huésped, pero pronto se trasladó a vivir al propio edificio de la es cuela, compartiendo vivienda con uno de sus alumnos. Este hecho cotidiano se sabe gracias a una redacción de los cuadernos:

Nueva Vida

por César Ojeda Yo soy un niño de Briviesca y he venido a Bañuelos para estarme con el maestro. Haré la comida y la limpieza. También estaré en la Escuela con los otros niños. Hasta ahora lo pasamos muy bien. Creo que estaré bastante tiempo.

El día que subimos la cama y las demás cosas pasamos algunos apuros. El camino estaba malísimo. El carro era de muelles y a menudo se tambaleaba. El maestro y yo creíamos a cada momento que iba a volcar. Muebles, ropa, vajilla, comestibles . . . todo lo veíamos entre el fango.

Pero no pasó nada.

Los sábados vamos a Briviesca y volvemos los lunes.

Gestos, número 2 (abril de 1935), p. 23

Para Antoni, el inicio del nuevo curso, el último, en la pequeña escuela de Bañuelos de

Bureba transcurrió con relativa normalidad, lo cual significaba que seguían muy vivos

los conflictos y las tensiones habituales que acompañaron al maestro durante toda su estancia en el pueblo. Por una parte, la falta de medios y recursos era tal que tenían dificultades para comprar carbón para alimentar la estufa de la escuela, como narra un escrito de José en uno de los cuadernos de *Recreo:* El *otro* día vino un carbonero con una carga de carbón y estuvo en nuestra casa. Mi madre se lo quería comprar, pero a cuenta de paja. El carbonero dijo que ya tenía. Preguntó quién le compraría el carbón y mi madre le dijo que fuese a donde el maestro.

El carbonero vino a la Escuela. Pero el maestro le dijo que no tenía dinero. El carbonero no lo creía y fue descargando los sacos.

—Se lo daré barato.

—Pero es que no tengo dinero.

Como el maestro no tenía dinero de verdad, me mandó a mi casa para que se lo diese mi madre.

Fui y mi madre me dijo que no tenía dinero, porque se lo había llevado mi padre a Briviesca. [. . .]

Y me mandó a mí a donde el señor alcalde. Le encontré en la puerta con unos [sic] gitanas. Yo no quería decírselo porque tenía miedo que después las gitanas me quitarían los cuartos. Pero las gitanas me decían: — Díceselo, díceselo.

Se lo dije y me dio el dinero. Y me vine corriendo a la Escuela. El carbonero cobró y se marchó diciendo: —Ya verá cómo me pide otra vez.

Poco duró el carbón porqué era muy bueno.

Recreo, número 2 (abril de 1936), pp. 5-12

Otro problema que debía afrontar Antoni era la división de opiniones y la controversia

que entre los vecinos despertaba su peculiar forma de enseñar. Además de discutir con

los padres que no dejaban ir a sus hijos a la escuela porque los querían trabajando en el

campo, tenía que convencer a aquellos otros, muchos, profundamente descreídos y

desconfiados de sus métodos. La situación no debía de ser nada fácil. Una muestra del

clima de división y de un cierto enfrenta miento en relación con el maestro y la escuela

que se respiraba en Bañuelos se encuentra en otra redacción aparecida en *Gestos* y escrita por Severino Díez: *Anoche Eladio y yo vinimos a la Escuela a estar con el maestro.*

A las nueve nos marchamos. Cuando pasamos por el sestil (redil) me tiraron una piedra y me dieron en el hombro. No me hizo daño porque llevaba la manta. No sé quién sería. Pero como comiencen a tirarme piedras, no vengo más días.

Gestos, número *5* (abril de 1936), p. 17

La presión que debía soportar el maestro era notable. También la vigilancia. Félix García

lo cuenta en su escrito «Ayer»:

Ayer vinieron a la Escuela dos guardias civiles. Cuando entraron

estábamos ilustrando una poesía de Ricardo León. No sabemos por qué

vinieron, pero al cabo de un rato pasaron a un cuarto y hablaron con el maestro.

Al salir del cuarto se marcharon enseguida. Camilo estaba llorando porque

otros niños le decían que los guardias se le [sicJ iban a llevar. El maestro le

preguntó sí les tenía miedo. Camilo contestó que no. Y se puso a reír: Los

que te dicen eso —le dijo el maestro— son los que de verdad tienen miedo

de los guardias. No les hagas caso.

Gestos, número 2 (abril de 1935), p. 4

En otro cuaderno se relata la visita de control a la escuela de un inspector de enseñanza

acompañado de las fuerzas vivas del pueblo. Lo escribe Concepción López:

El otro día vinieron el inspector Sr. Llarena y tres maestros a hacernos una

visita. También vinieron el alcalde, un concejal y el cura. El inspector nos

mandó que enseñásemos los cuadernos a aquellos señores y se los

enseñamos. Después habló con algunos niños y nos hizo leer. Dijo que

Severina leía muy mal. Antonio no quiso leer. Los niños pequeños hicieron

cuentas y también leyeron en su cuaderno. Después, el maestro tocó el

gramófono y salimos.

Gestos, número 3 (julio de 1935), p. 17

A pesar de todo, a pesar de todas las dificultades, limitaciones, complicaciones e incomprensiones, Antoni Benaiges estaba satisfecho y se sentía plenamente realizado en aquella escuela pequeña y en aquel pueblo olvidado, como demuestra una carta

dirigida a su amigo Patricio Redondo:

Se ha anunciado el concurso de traslado; lo hubiera podido pedir con

esperanzas de obtener «algo bueno»; este pueblo no tiene agua, no tiene

luz, ni tiene caminos; para ir a Briviesca apenas si se inicia una carretera,

y, sin embargo, no he pedido, no pido; aquí me quedo. Veo claro, claro cómo me voy haciendo luz, en los cerebros de cada uno de estos chiquillos y chiquillas y me hago luz también en el pueblo y abrigo la esperanza de que

un día, por la obra de un Maestro de Escuela, platee y reluzca como un

ascua, capaz de iluminar: . . . qué sé yo, a medio mundo, al mundo entero.

Vivo sencillamente, ampliamente, intensa y libremente.

Me acompaña en casa un muchacho listo y despejado que es el que me ayuda en mi trabajo en la Escuela y en los menesteres caseros de hacerme la comida, limpiarme la casa, arreglarme la cama, ***etc.*** **Y tengo compañera; amo intensamente a la mujer libre que sabe darse libremente. Como me decía Ud., vivo la vida sincera. La mía, dándome a los demás. ¡No me muevo de Bañuelos de Bureba!**

De esa *compañera* no se tienen más referencias, pero Jaume Aragonès confiesa que, después de leer esta carta, la familia, que siempre había sentido un cierto pesar por el hecho de que Antoni hubiese muerto joven, con apenas 33 años, solo y lejos de casa, comprendió que en Bañuelos tenía un trabajo que le apasionaba y una vida que le gustaba y que compartía con una mujer a la que amaba.

UNA IMPRENTA MATERNAL

El año 1936 fue muy prolífico y la actividad editorial de la escuela de Bañuelos se incrementó notablemente. Entre las razones que explican

este incremento están la campaña de suscripciones que, sin llegar a ser un éxito, aportó nuevos recursos para poder aumentar el número de publicaciones y, sobre todo, la llegada de una segunda imprenta. Aquella escuela, como la mayoría de las escuelas rurales, era unitaria y agrupaba a niños y niñas de edades muy diversas.

En *Gestos* escribían principalmente los alumnos más mayores, mientras que los más pequeños disponían de un par de páginas en la sección llamada «Página Baby».

Antonino estaba muy satisfecho con aquella diferenciación. Uno de los objetivos que se

había marcado era tener dos cabeceras, una para los alumnos más mayores, *Gestos,* y otra para los más pequeños a la que dio el nombre de *Recreo.* De esta última cabecera se publicaron solo tres números, en enero, abril y julio de 1936. En *Recreo* las redacciones eran más cortas, el tipo de letra más grande y los temas y las materias más infantiles, como se observa en el escrito de José titulado «La Burra », que refleja el sentido del humor del maestro: *Ayer por la mañana al salir de la Escuela fuí a casa y con una aguja del gramófono que llevaba pinché a la burra y empezó a tirar coces.*

Por la tarde la saqué a apacentar y cuando ya me había subido dio unos brincos me tiró. El maestro luego me ha dicho que también las burras tienen memoria.

Recreo, número 1 (enero de 1936), pp. 12-13

En otro texto de *Recreo,* Eladio reproduce expresiones compartidas por los alumnos: *Yo he visto. . . AEROPLANOS.*

Y cuando pasan por este pueblo les decimos: Aeroplano marrano, culomanzano, ojalá te caigas aquí para verte cómo eres.

Recreo, número 2 (abril de 1936), p. 4

Antoni Benaiges, en un artículo para Colaboración —con la voluntad de compartir su experiencia con los principales lectores de la revista, otros freinetistas como él—, aporta un relato, como siempre detallado, de cómo fue la llegada de la segunda imprenta a la escuela de Bañuelos:

Acaba de llegar la imprenta maternal. ¡Esta sí que ha llegado pronto! Todos los niños quieren ve: ¡Nuestra imprenta!, exclaman los niños pequeños. Al abrir el paquete sufren una pequeña decepción. No ven ninguna prensa. ¿Y la imprenta? Les digo que la prensa que ya tenemos servirá también para ellos. Saco los paquetes de letras. ¡¡¡Qué letraaaaas!!! Qué, ¿os gustan? No salen de su asombro. También yo estoy como asombrado. ¡Son tan blancas, tan brillantes, tan limpias! [. . .] Todos se amontonan ante la caja. Los pequeños han conseguido ponerse delante. ¡Quita, que es la nuestra! Tocan las letras. Las sacan para verlas mejor. [. . .] Un niño coge la f y la l unidas. ¡Para qué será esto! . . . ¿A qué seguir? Todos los que tenéis imprenta, y particularmente imprenta maternal, sabéis de ese momento. Yo diría que la sorpresa y el júbilo son más grandes en escuelas del tipo de la nuestra. Estos niños, olvidados del mundo, en un medio rudimentario y eternamente moribundo, ayunos de mío y nuestro que sepan a alma y ayunos, a veces, hasta de pan, se entregan más totalmente al momento. Para ellos, una cosa como la imprenta adquiere proporciones.

Antoni Benaiges, «Una imprenta maternal», *Colaboración,* núm. 10 (enero de 1936), p. 103

Durante los primeros siete meses de 1936, los últimos siete meses de vida de Antoni Benaiges, en la escuela se publicaron diez cuadernos. Tres números de *Gestos,* tres más de *Recreo* y cuatro publicaciones especiales. Eran monográficos dedicados a cuatro temas muy distintos. Uno relataba la visita de un retratista, otro recogía sueños de los alumnos de la escuela, otro era una recopilación de distintas

manifestaciones del folclore de Burgos y el titulado *El mar: Visión de* unos niños que no lo han visto nunca.

En los números 5 y 6 de *Gestos* (abril y julio de 1936), además de la lista de intercambios, aparece una segunda lista con los nombres de los suscriptores. Entre ellos figuran algunos vecinos del pueblo, amigos y familiares de Antoni de Barcelona o Madrid. En una sección aparte aparecen los nombres de niños suscriptores, entre ellos sus tres sobrinos: Jaime Roigé Benaiges y Mercedes y Elisa Benaiges Freixas. El precio de cada suscripción era de tres pesetas y consiguió un máximo de 22 suscriptores, si bien su objetivo era llegar a los 50. La intensa actividad de Antoni durante esos últimos meses en la escuela justifica el entusiasmo y la seguridad que desprenden sus escritos de esa

época. Buen ejemplo de ello es la larga carta que escribió a su primo Francesc Nogués

Nogués, con quien hacía unos años había compartido las labores del campo en

Montroig. Aunque entre ellos hablaban catalán, la carta fue escrita en castellano: Querido primo: Salud. [. . .]

Ya sabéis que tenemos una imprenta en la Escuela. Ahora dos.

Los pequeños también hacen su periódico. «Recreo». El otro, «Gestos», ya lo habréis visto alguno de vosotros. Pues estas dos publicaciones no podéis imaginaros lo que representan en nuestra Escuela. En Enero sale el número 1 de «Recreo» y el 4 de «Gestos» y mandaremos algunos ejemplares a Montroig. Podréis verlos. Vedlos bien. Penetrar en las letras y dibujos y descubrid algo —mucho— más que la materialidad de dos publicaciones. Son el modo de trabajar en la Escuela [. . .].

Hay que hacer mucho. ¡Mucho! Mí tarea es la Escuela. Vuestra tarea es más ruda: doblar el espinazo y arrancar el jugo de la tierra. La tarea de todos es hacernos hombres. ¡Hacernos hombres! La trayectoria que ya venga de lejos. De la infancia. Nosotros ya la hemos pasado y apenas sí pudimos vívírla, gustarla. Necesitamos vencer el prejuicio, la ñoñez y el servilismo que los ambientes nos fueron infiltrando día tras día, gota tras gota, llegando al momento de dejar de ser niños con un espíritu incapaz de concebir formas de vida libres y bellas. No nos dejaron ser niños. Querían que ya fuésemos hombres para dejar de ser carga. Y nos quisieran ahora niños para que no siguiéramos el camino de hombres. Paradoja. Paradoja. Mi tarea, la tarea de maestro, se hace carne viva en esa paradoja. Va a impedirla. Los niños no pueden ser lo que uno quiera.

No son cosas. Deben ser según los valores que esconden. Esto es, ellos mismos. Que piensen, que sientan y que quieran. Dejémosles ser niños. Respetémosles en todos los momentos. Y si se mueven en un ambiente de libertades, sutilidades y camaraderías, cargado de estímulos, provocador, veremos cómo chorrea de la infancia una vida todo hermosuras y promesas. Esto es la Escuela: ambiente y ocio. Libertad y espíritu.

Una vez más, las palabras de Benaiges muestran las líneas que orientaban su carácter,

su pensamiento y, en consecuencia, sus actuaciones: respeto, libertad y ... utopía.

UNOS NIÑOS QUE NO HABÍAN VISTO NUNCA EL MAR

El cuaderno más sorprendente y emocionante de todos los que se editaron en la escuela

es la publicación especial dedicada al mar, de enero de 1936. El título habla por sí solo: *El mar. Visión de unos niños que no lo han visto nunca.* En el número del mes de mayo de 1936 de la revista *Colaboración,* en un artículo titulado «Otra posibilidad», Antoni Benaiges cuenta cómo surgió la idea y confiesa haber escuchado el alma de sus alumnos, sorprendido por la belleza del resultado de ese ejercicio: ***Surgió el motivo, surgió el mar. No recordamos cómo. Se inició un aleteo. Ah, ¿pero ninguno de vosotros ha visto el mar? ¿Ninguno? A mí***

me han dicho. . . Debe de ser. . . Muy grande. Muy hondo. Eso sí que lo saben. Todos. ¿Lo presentirán? ¿Será una intuición? El mal} el mar. . .

¿Queréis escribir lo que sepáis del mar?. . . Y lo escriben. Escriben lo que saben y lo que no saben que saben. Despiértales, dice el proverbio

árabe. Duermen.

En el prólogo del propio cuaderno, Antoni escribe:

Y la fantasía de unos niños que suben y bajan la loma sólo la loma, la ingrata loma, disparose hacia Lejanía [sic] para hundirse en la vastitud [sicJ líquida, misteriosa, sublime. . . También ellos los niños, saben del mar sin haberlo visto nunca.

Y cierto es que, sin haberlo visto nunca, sin saber lo que es una metáfora, los niños de

Bañuelos saben del mar y saben también de su fuerza metafórica. José Cuesta lo define

así:

El mar es muy grande y para pasar a otro pueblo hay que pasar en barco y

me figuro que a veces estará más de una hora.

El mar, capítulo II Otro ejemplo, de cómo se lo imagina Antonio García:

El mar será muy grande, muy ancho, muy hondo. Dice Fernando que será

como de Vallejopablo al cerro de Quebrantalinos de ancho, metros y metros

de hondo.

El mar, capítulo IV

El desconocimiento y la falta de referencias que tienen los niños de Bañuelos pueden resultar sorprendentes comparados con el nivel de información que tiene hoy cualquier niño, de cualquier rincón del Estado, de esa misma edad. Por su parte, Severino Díez escribe:

En el mar habrá más agua que toda la tierra que yo he visto. El agua estará

muy caliente. En las orillas debe ser piedra, porque si no se lo tenía que llevar:

El mar, capítulo X

Todos expresan cómo se imaginan el mar. Baldomero Sáez dice:

El mar será muy hondo. Será de hondo como dos veces la veleta de la torre.

Y tendrá dos metros de largura.

El mar, capítulo VI Los niños de Bañuelos, como no saben, imaginan, y a veces confunden la poca información que tienen. Soledad Palacios escribe:

[. . .] Mi hermano dice que lo ha visto en Pamplona cuando estaba en el servicio y había gente bañándose. Un hombre tenía cuidado de que no se ahogasen. A uno le sacó porque se ahogaba.

El mar estará muy claro, porque si no es tontada que quieran bañarse.

Luego mi hermano ha dicho al maestro que él no ha visto el mar, porque

Pamplona no lo tiene.

El mar, capítulo VII Es fácil imaginar la emoción que debió de experimentar Antoni al leer aquellas redacciones por primera vez. Por eso, es fácil también adivinar cuál fue su reacción: les prometió que los llevaría a conocer el mar. Así lo cuenta Lucía Carranza:

El mar será muy grande, muy ancho y muy hondo. La gente va allí a

bañarse. Yo no he visto nunca el mar. El maestro nos dice que iremos a

bañarnos.

Yo digo que no voy a it; porque tengo miedo que me voy a ahogar.

El mar, capítulo III Leyendo las redacciones resulta curioso comprobar que los niños coinciden en la misma expresión: *el mar será, el mar será, será, será. . .* Ante tal panorama, la reacción del maestro fue lógica: decidió que haría todo lo posible para que sus alumnos pudiesen afirmar *el mar es, el mar es, es, es. . .* Y para poder cumplir aquella promesa, Antoni se puso en contacto con su familia y les anunció que

aquel verano pensaba volver al pueblo de vacaciones acompañado de un grupo de niños y niñas de

Bañuelos que nunca habían visto el mar. En Montroig, en su casa, nadie se sorprendió.

Al contrario, les hizo cierta ilusión. Prepararían la casa de Les Pobles para que Antoni

pudiese ir al mar con sus alumnos, unos niños que nunca antes lo habían visto.

UN EXPEDIENTE DE DEPURACIÓN

Jaume Aragonés, alentado por aquella carta recibida un día desde México, seguía investigando. Por Intemet, a través de un foro contactó con un grupo de personas de la comarca, en concreto con Antonio García. No puede decirse que aquel contacto le

ayudase a resolver el rompecabezas. Antonio sabía de la existencia del joven catalán que había ejercido de maestro en Bañuelos y de su muerte pero, curiosamente, en el intercambio de información fue Jaume quien acabó aportando más datos y mandándole, escaneados, los ejemplares de los cuadernos que conservaba la familia.

También consultó archivos de todo tipo y, como familiar directo, pidió informes a todas

las instancias correspondientes. Deshacer el silencio en torno a su tío abuelo ya no era

solo una cuestión de curiosidad, sino que se había convertido además en un reto y una

necesidad. Tenía que saber qué había ocurrido con Antoni Benaiges.

Gracias a las investigaciones y los libros de Fernando Jiménez desde México, Jaume Aragonés sabía bastante de la técnica Freinet, de la cooperativa que se había creado en España y de los cooperativistas que formaron parte de ella. Tenía asimismo, por supuesto, mucha más información sobre el pensamiento y la obra de Antoni Benaiges como maestro. Pero no le bastaba. En el año 2010, seis años después de recibir aquella carta, seis años después de iniciar la búsqueda de datos

e información, Jaume Aragonès

todavía no sabía cómo había muerto su tío, no sabía si lo habían matado ni dónde estaba

enterrado exactamente.

Para obtener alguna respuesta más a tantas preguntas, Jaume siguió consultando y pidiendo documentos en los archivos oficiales y encontró un expediente de la Comisión Depuradora del Magisterio Nacional de Primera Enseñanza de Burgos en el que se resuelve, con fecha de 19 de diciembre de 1939, la «separación definitiva» de Antoni Benaiges de su plaza de maestro. La resolución resulta sorprendente, ya que una de las pocas certezas que la familia tenía sobre Antoni era que había muerto en los primeros

días de la guerra. En tal caso, ¿por qué fue depurado y degradado como maestro tres años después de su muerte?

La lectura del expediente da pistas, pero también abre algunos interrogantes. Este tipo

de expedientes en los que se humillaba aún más a los vencidos fue una práctica habitual

durante la posguerra. La crueldad extrema de aquellos primeros años pretendía, sin misericordia alguna, acabar no solo con la vida sino también con el re cuerdo de los enemigos del régimen. Por lo tanto, estuviesen vivos o muertos, todos aquellos que no comulgaban con los principios del Movimiento simplemente no tenían cabida en la

«nueva España». Debían ser depurados.

El primer documento del expediente es una carta firmada por el alcalde, el párroco Manuel Álvarez y cuatro vecinos de Bañuelos de Bureba. Los firmantes dicen tener constancia de que el maestro titular fue detenido y aseguran no tener ni idea ni noticia del lugar donde se encuentra. Informan de que se ha decidido reabrir la escuela con un

sustituto interino contratado por el Ayuntamiento y de que lo primero que se ha hecho ha sido recuperar la cruz y la bandera «rojigualda». Después vienen cuatro formularios —se rellenaron miles de documentos similares para delatar a los enemigos del régimen

durante los primeros años de la posguerra— con las preguntas y la información

necesarias para tomar la decisión correspondiente. Los formularios fueron

cumplimentados por el alcalde, el párroco y dos vecinos a los que se consideró

«personas de orden». En primer lugar, se les pregunta por la conducta profesional del

maestro y, después, por su conducta social, particular y política. Las respuestas, escritas a mano por manos poco acostumbradas a escribir, son coincidentes. Según esos vecinos, el maestro era indigno, antisocial, inmoral, vicioso, comunista, anarcosindicalista, no iba a misa y muchos días, en lugar de dar clase, ponía música con un gramófono y hacía bailar a los niños. Nada se decía de los cuadernos y la imprenta, aunque sí contaron que ellos, molestos por la conducta de aquel maestro, habían intentado expulsarlo y echarlo

del pueblo pero no lo habían conseguido, porque no todo el mundo lo veía del mismo

modo.

Son interesantes las respuestas de los vecinos a las preguntas finales del formulario sobre la situación del maestro en aquel momento. Todos los formularios se rellenaron en enero de 1937. Hacía meses que el maestro estaba muerto y enterrado y ellos, probablemente, lo sabían, pero a la pregunta «¿Cuál es el paradero actual del maestro?», todos responden del mismo modo: escriben que no lo saben o desaparecido. Algunos afirman que fue detenido y uno de los firmantes declara que «según dicen varias personas ha sido fusilado».

Lo cierto es que, a pesar de que todas las evidencias y todas las sospechas indicaban que

el maestro titular de Bañuelos de Bureba, Antoni Benaiges, estaba muerto, el expediente

siguió su curso y la burocracia de la Administración lo trató como si estuviese vivo.

Como no tenían otra dirección, mandaron citaciones y notificaciones al Ayuntamiento

de Bañuelos, primero el 24 de febrero del año 1937, para pedirle cuál era su domicilio e

informarle de que se había abierto un expediente contra él, y luego, el 14 de mayo de 1939, para comunicarle «la separación definitiva del servicio y baja en el escalafón respectivo».

Dado que Antoni Benaiges no podía responder a ninguna de las notificaciones oficiales

que recibió, fue el Ayuntamiento de Bañuelos de Bureba el encargado de contestar a la

Administración: «Adjunto tengo el honor de devolver la comunicación relativa a la depuración definitiva del maestro Antonio Benaiges Nogués, no se encuentra en esta localidad pues en fecha 19 de julio de 1936 se ausentó del pueblo y desde aquella fecha se ignora su paradero. Al mismo tiempo participo que de la propiedad del mentado maestro se hallan algunos objetos y como después del tiempo transcurrido no se ha interesado persona alguna a recogerlo, lo pongo en su conocimiento para que dé las órdenes oportunas a esta Alcaldía para el destino que hemos de dar a dichos objetos en evitación de que se puedan estropear».

Esta es la última comunicación oficial referente a Antoni Benaiges, una carta del alcalde

de Bañuelos preguntando qué debía hacer con la imprenta y el gramófono.

UNA LLAMADA DE BRIVIESCA Jaume Aragonès, con todo el material que había

reunido tras seis años de investigación, podía hacerse una idea de cómo había sido la

vida de su tío abuelo, pero seguía sin saber cómo se había producido su muerte, seguía

teniendo muchos interrogantes abiertos. ¿Cómo murió? ¿Dónde está enterrado

exactamente su cuerpo? ¿Por qué el régimen había incoado un expediente de

depuración? ¿Por qué el alcalde de Bañuelos de Bureba escribió en respuesta a la petición oficial de información que no sabía cuál era su

paradero? ¿Por qué su amigo Patricio Redondo incluía su nombre en todos los cuadernos que publicó en México?

¿Por qué tanto amigos como enemigos lo trataban como si estuviese vivo, cuando todos

sabían que estaba muerto y enterrado? La vida de Antoni Benaiges era un

rompecabezas que no parecía que pudiese encajar jamás. Seguía faltando una pieza clave.

Las principales incógnitas empezaron a aclararse en el verano de 2010. Fue el verano en

que se procedió a la apertura de una fosa común en La Pedraja. Hacía mucho tiempo que la Agrupación de Familiares de las Personas Asesinadas en los Montes de La Pedraja reclamaba una exhumación. Necesitaban la respuesta a una pregunta que solo se plantean aquellos que, como la familia Benaiges, des conocen dónde están enterrados

sus parientes y amigos. Una pregunta que, conforme pasa el tiempo, más que pesar, ahoga: ¿dónde están sus tumbas para poder llevarles flores?

La sensación general, antes de iniciar la excavación, por las referencias previas que se tenían, era que la fosa común de La Pedraja podía ser muy importante. De ahí que se reuniera en el lugar un equipo multidisciplinario de la Sociedad de Ciencias Aranzadi,

dirigido por el forense Francisco Etxeberria y por la arqueóloga Lourdes Herrasti, dispuesto a hacer un trabajo científico y riguroso. Además de historiadores, forenses, antropólogos y otros profesionales habituales en este tipo de operaciones, se desplazó hasta La Pedraja el fotógrafo catalán Sergi Bernal. Con su labor quería obtener un testimonio gráfico de todo el proceso de exhumación y la verdad es que Sergi logró mucho más. Gracias a él, y también a otras personas que allí coincidieron, gracias a la tenacidad, el entusiasmo y la entrega de todos, se pudieron desenterrar los restos de algunos cuerpos y aún más silencios.

De entre todos los silencios desenterrados cabe destacar el que rodeaba a Antoni Benaiges, un silencio que había conseguido casi sepultar su memoria en aquel pequeño pueblo donde había ejercido de maestro. La exhumación de la fosa común fue decisiva

para ter minar de encajar el rompecabezas y encontrar algunas piezas que faltaban.

El 28 de agosto de 2010) entre los familiares y vecinos de la zona que acudieron para ver

si encontraban el rastro de sus parientes) se acercó al lugar de las excavaciones Antonio

García. Antonio era originario de Bañuelos) pero hacía tiempo que se había marchado

del pueblo y estaba allí pasando las vacaciones de verano. Era él quien) tiempo atrás) se

había puesto en contacto por Internet con Jaume Aragonès y había recibido, escaneados,

algunos ejemplares de los cuadernos que durante los años treinta se habían publicado

en la pequeña escuela de su pueblo. Fue él quien comentó a pie de fosa al antropólogo

Francisco Ferrándiz que en alguna de las fosas de la zona seguramente se hallaba el cuerpo de un joven catalán que había sido maestro de la escuela de Bañuelos.

Por su parte, Jaume Aragonès, enterado de la apertura de la fosa gracias a Antonio García, averiguó por Internet que el representante legal de la Agrupación de Familiares era Miguel Ángel Martínez Movilla y se puso en contacto con él. Aún conmovido) cuenta: «Le llamé y la verdad es que fue muy correcto, pero también bastante protocolario. Se quedó mi número de teléfono y me dijo que me llamaría si había alguna novedad. Para mi sorpresa, al cabo de dos horas recibí una llamada de Briviesca.

Era Rafael Martínez, el padre de Miguel Ángel. Estaba muy emocionado y se echó a llorar al hablar conmigo. Me dijo que su padre, que también se llamaba Rafael y que también estaba enterrado en una fosa común, era muy, muy amigo de Antoni».

El relato de Rafael Martínez fue tan sorprendente y emocionante como preciso y detallado. Para Jaume fue como si, de repente, en un cuarto a oscuras, alguien hubiese abierto una ventana para que entrase la luz a raudales. «Y dije: ¡Ya está! ¡Ahora ya lo sé!», rememora. Antoni

Benaiges y el padre de Rafael Martínez compartían una buena amistad y muchas otras complicidades. Eran militantes socialistas y juntos fundaron la

Casa del Pueblo de Briviesca. Rafael recordaba perfectamente el día en que fueron detenidos los dos. Fue el 19 de julio en la Casa del Pueblo de Briviesca. Dijo que los arresta ron y los tuvieron unos días encerrados. Que a Antoni lo torturaron. Que le arrancaron los dientes y que lo pasearon medio desnudo en un coche descapotado por Briviesca para humillarlo públicamente y para que sirviese de escarmiento. Rafael Martínez contó que él era entonces un niño, pero se enteró. Después se lo llevaron a La Pedraja, a él y a mucha otra gente. A los que consideraban enemigos del nuevo régimen, los fusilaron y los echaron juntos a un hoyo que cubrieron con tierra.

El horror de aquellos primeros días de la Guerra Civil y la brutalidad con la que habían

matado al maestro hizo que los vecinos de Bañuelos de Bureba considerasen que podía

resultar muy peligroso guardar cualquier objeto relacionado con Benaiges. Todos los que tenían algún cuaderno se deshicieron de él o lo escondieron. Los Martínez tenían varios cuadernos publicados en la escuela, ya que uno de los hermanos era suscriptor.

Como no querían deshacerse de ellos, los ocultaron en el horno de una fábrica de yeso

de la que eran propietarios. Pensaban que allí estarían seguros y allí, efectivamente, se

quedaron escondidos durante muchos años, hasta que un día les expropiaron la fábrica.

La derribaron porque por aquellos terrenos tenía que pasar una carretera.

Lamentablemente, antes de abandonar la fábrica y antes de que las máquinas lo

allanasen todo, no recuperaron los cuadernos y es de suponer que aún estarán ahí, enterrados bajo el asfalto.

Fue Eva Martínez, hija de Rafael Martínez, quien puso en contacto a Jaume Aragonès y

a Sergi Bernal, el fotógrafo. La cámara de Sergi se ha convertido, pues, en la aguja y el

hilo que han cosido esta historia, y su trabajo y su resolución han sido determinantes para acabar de reunir toda la información y todos los testimonios de los que se dispone en la actualidad.

Sin embargo, en lo que respecta al caso de Antoni Benaiges, que dan todavía algunas preguntas importantes que solo pueden responderse con suposiciones. Fundamentadas, pero al fin y al cabo suposiciones. Por ejemplo, ¿qué hacía Antoni Benaiges en Bañuelos

el 19 de julio, cuando hacía ya días que había terminado la escuela? Tanto los niños como el maestro estaban ya de vacaciones. Se tiene noticia de que aquel año Antoni tenía que desplazarse a Burgos o a Bilbao para dar alguna conferencia) o a Madrid para participar en algún congreso. Si como cada verano tenía previsto ir a Mont roig) y así se

lo había comunicado a la familia) ¿por qué regresó a Bañuelos?

«Regresó porque tenía que cumplir la promesa que les había hecho a los niños de la escuela. Fue a buscarlos para llevarlos a ver el mar», cuenta Jaume y confirma Rafael.

En Montroig del Camp) aquel verano de 1936) la familia Benaiges tenía preparada) a

petición del propio Antoni, la casa de Les Pobles, cerca del mar.

BENAIGES EN EL RECUERDO

En el verano de 2012, dos años después del inicio de la excavación de la fosa común en

La Pedraja, Sergi Bernal recibió un correo electrónico. Lo escribía la nieta de una exalumna de Antoni Benaiges. No puede imaginarse mejor epílogo para esta historia: *Hoy, a sus 89 años de edad, con la mente aún lúcida, sigue teniendo en*

recuerdo aquel acontecimiento vívido en su pueblo a sus 11 años de edad y

que tantas veces nos ha contado:

«le mataron a su maestro» y para ella era un buen maestro.

Hoy, en mi visita, una vez más, me vuelve a recitar las mismas estrofas de la poesía enseñada, aprendida y no olvidada hace 75 años: Ven conmigo al monte ameno de apacible sombrío, de olorosas flores [. . .].

¿Cómo es posible que tanto puedan marcar las enseñanzas de un maestro?

Mi abuela se llama Felisa Viadas Rojas, es natural de Bañuelos de Bureba, provincia de Burgos. En la fotografía de los niños con su maestro, ocupa el segundo lugar de la segunda. fila empezando a contar por la derecha. Vive en la provincia de Zaragoza. Conoció al maestro Antonio Benaiges Nogués y mucho de lo acontecido en aquella época.

No tiene estudios superiores, ni siquiera elementales, sólo los primarios de aquella escuela, pero siempre ha mantenido y aplicado con sus hijos el «libre pensamiento» que su maestro sembró.

Un saludo desde Zaragoza,

Lucía

UN EPITAFIO

En el verano de 1936, la familia Benaiges pasó algunas semanas sin saber nada de Antoni y no esperaban nada bueno. La guerra había estallado con rabia, todo parecía indicar que él había quedado atrapado en la zona de Burgos y las noticias de la represión que llegaban de los territorios que habían caído en manos de los «nacionales»

encogían el corazón.

Seguía pasando el tiempo sin que se tuviesen noticias de Antoni cuando, hacia el mes

de noviembre, alguien hizo llegar a Montroig un recorte de periódico, una breve esquela, que confirmaba los malos presagios. «Yo era pequeño —cuenta Jaume Roigé, sobrino de Benaiges—. No recuerdo ni quién lo mandó ni qué decía aquel recorte, pero sí que la familia tuvo desde aquel momento la certeza de que no volveríamos a ver a

Anton».

Pero ese recorte con la esquela no fue la única notificación que existió de la muerte de

Antoni Benaiges. En paralelo, y sin que la familia llegase a tener conocimiento de ello, el 10 de noviembre de 1936 se publicó una carta en el *Butlletí del Comitè de Defensa Local* de Vilanova i la Geltrú: «Se ha recibido una carta que confirma el fusilamiento en Burgos, cosa que ya nos temíamos, del compañero Antoni Benaiges, que ejerció de maestro en

este pueblo». La carta la mandó Demetrio Sáez, un vecino de Bañuelos, amigo de Antoni Benaiges, que desertó del bando nacional.

Lo primero que hizo al pasar a las filas republicanas fue mandar una carta a la escuela

de Vilanova i la Geltrú. Demetrio sabía que Antoni tenía allí amigos y gente que lo recordaba.

A la Escuela Nacional de Villanueva y La Geltrú

Estimado profesor y niños de Villanueva:

Os dirijo estas líneas para comunicaros la siguiente noticia: Vuestro

profesor que lo fué en años anteriores, Don Antonio Benaiges Nogués, ha

sido asesinado por el terrorismo fascista, os pongo en comunicación para

que Vs. lo hagan con su desconsolada madre. Fué asesinado el 25 de julio

36, yo me he escapado de las filas fascistas, por lo cual me encuentro en Bilbao.

Os ruego encarecidamente lo comuniquéis a su madre y hermanos. Está

enterrado en los montes de Villa Franca Montes de Oca.

Quien os comunica es Demetrio Saéz de Bañuelos de Bureba, Provincia de Burgos, Partido de Briviesca.

Para contestar cuando cese el movimiento.

Butlletí del Comitè de Defensa Local [Vilanova i la Geltrú], 111

(10 de noviembre de 1936)

Durante muchos años, hasta que en agosto de 2010 se exhumó la fosa común de La Pedraja, la carta de Demetrio había sido el único testimonio tangible que relacionaba la muerte de Antoni con las fosas comunes de la zona. Eso y nada más.

Enterado de su muerte a través de aquella carta, el mejor epitafio posible a la memoria

de Antoni Benaiges lo escribió su amigo Patricio Redondo. Se publicó también en el *Butlletí del Comitè de Defensa Local* de Vilanova i la Geltrú el 24 de noviembre de 1936) se titulaba «Benaiges» y, como era habitual, Patricio lo firmó como *Paco Itir*: ***Asesinado. Así reza la carta escrita en Arcentales [sic] por Demetrio Sáez. No fué un choque, ni un mazazo, ni siquiera una sacudida, ni aún***

un estremecimiento, porque fué ¡ay! una confirmación, una seguridad, una certeza sin el más pequeño resquicio ya a la esperanza de que la

suposición, de que la convicción intuitiva pudiera ser falsa [. . .] Y buscaremos en los Montes de Oca el lugar donde han metido tu

cuerpo

acribillado, le arrancaremos un pedazo y meteremos en él una caja con una prensa metálica Freinet, una póliza maternal futura y un

ejemplar de «El mar». Si no encontramos el sitio preciso lo haremos en la cima, en la cumbre más alta de los montes, plantando como una

bandera, la piedra eterna que diga: «Esta tierra ya no es tierra, porque es carne y sangre de Maestro». Que cuando pase el tiempo, los años y

los siglos, puedan los hombres que nos sigan encontrarse allí una vida, todavía viva y viviendo, un ejemplo que les diga que aún allí está en

pie, enhiesto, erguido con la frente despejada, dando plenamente la cara al aire, un hombre, un Maestro, Maestro que fué el primero en llevar

a aquellas tierras abrasadas por el sol y quemadas de frío y esclavizadas de ignorancia, la primera luz de la libertad, sabiendo vivirla.

Salud, pues, BENAIGES. Y escríbame Vd. este nombre con letras grandes y recias, compañero cajista. Nada más.

Y así lo hacemos.

BENAIGES

FRANCESC ESCRIBANO — Periodista y productor de cine y televisión


AVICULTURA
SELECCIÓN DE GALLINAS





DE LA FOSA COMÚN A LA MEMORIA: ANTONI BENAIGES,

MAESTRO UTÓPICO

Las fosas comunes con restos de civiles ejecutados en la retaguardia del ejército sublevado durante la Guerra Civil española, así como las atribuibles a la represión de la posguerra ya durante el régimen franquista, son lugares de memoria de mucha

complejidad que han cobrado una gran importancia y dimensión pública en las dos últimas décadas. En torno a ellas se ha consolidado un movimiento asociativo que, aunque fragmentado y con sensibilidades políticas diferentes, en buena parte fomenta su investigación, dignificación y apertura. Solicita también, como se expresa en un lema

defendido con insistencia por muchas de estas asociaciones, «verdad, justicia y

reparación» para ese colectivo amplio y diversificado — fusilados, depurados,

expropiados, encarcelados, exiliados ... —que puede agruparse bajo la denominación de

«víctimas del franquismo».

De la importancia e influencia del llamado movimiento para la recuperación de la memoria histórica —para hacer emerger y luego mantener este tema vivo en el debate público y político, y para cuestionar la forma en la que el país se ha enfrentado con su

pasado traumático desde la muerte de Franco —hablan, por ejemplo, iniciativas de ámbito institucional como la aprobación de la Ley de Memoria Histórica en 2007 y la Ley de Memoria Democrática de 2022 a nivel estatal, y un gran número de normativas autonómicas, el controvertido auto del exjuez de la Audiencia Nacional Baltasar Garzón

de 2008 —que, aunque no prosperó, influyó de forma significativa en la conexión con

las dinámicas trasnacionales de los derechos huma nos, y también en el vocabulario de

la cultura memorial asociada a este proceso -, o el informe de 2014 de

Pablo de Greiff,

Relator Especial de la ONU sobre la promoción de la verdad, la justicia, la reparación y

las garantías de no repetición, enmarcó el proceso en términos de justicia transicional.

Pero también la apertura en los últimos 23 años de más de 1000 fosas con 11000 restos

cadavéricos, el establecimiento de ciclos ceremoniales de recuerdo y dignificación de lugares de represión, la instalación de monumentos y placas, la puesta en marcha de proyectos de investigación científica, la publicación de libros e infinidad de artículos académicos, la celebración de conferencias, la elaboración de mapas de fosas, el desarrollo de bases de datos de «todos los nombres» y, de una manera más genérica, la lucha por el reconocimiento del sufrimiento de los vencidos durante la Guerra Civil (1936-1939) y la Dictadura (1939-1975).

Los centenares de fosas comunes que dejó la política represiva del ejército sublevado y, posteriormente, del régimen de Franco fueron durante muchos años un «secreto público» sobre el que el país había pasado de puntillas hasta el cambio de siglo, aunque

hubo ejemplos de exhumaciones muy significativas, de carácter local y sin apoyo técnico, en algunas regiones del país tras la muerte de Franco. Ya sea porque fueron deliberadamente ignoradas por las élites políticas e intelectuales desde mediados de la década de 1950, e incluso durante el período de transición a la democracia —en nombre

de una supuesta reconciliación de todos los españoles—, ya sea por ser todavía portadoras de una cierta aura sobrecogedora —capaz de infundir temor y desconfianza en ámbitos locales—, mientras el país se llenaba de carreteras, infraestructuras y luego

trenes de alta velocidad, las fosas comunes persistieron como bombas de relojería enterradas en paisajes familiares, relegadas por la indiferencia social, los nuevos consensos políticos emergentes y las leyes que clausuraban el procesamiento penal de los crímenes del pasado, como la Ley de Amnistía de 1977.

Que estas tumbas irregulares no quedaron en modo alguno desactivadas, ni con la incomparecencia judicial, ni con el olvido social y político, ni con la modernización del país, lo demuestra el

hecho de que en los últimos años la localización y excavación de

fosas, así como la gestión de todas las actuaciones relacionadas con ellas, han suscitado

una intensa polémica, que ha puesto de relieve el capital político y simbólico que aún

atesoran a día de hoy. Las controversias sobre la gestión de la memoria de la Guerra Civil y la Dictadura no han cesado, hasta tal punto que, en 2023, determinados partidos políticos hacen bandera en sus promesas electorales de la futura de rogación de la legislación que se ha ido creando y fomentan versiones revisionistas, paulatinamente más explícitas, de esta época tan traumática de la historia del país.

Desde que comenzaron a exhumarse las fosas de manera más generalizada y

sistemática en los primeros años del siglo XXI, el proceso ha ido adquiriendo unos contornos y unas dinámicas cada vez más reconocibles. A ello han contribuido, sin duda, la colaboración de al gunas de las asociaciones impulsoras de las exhumaciones, con equipos estables de expertos, así como la elaboración, por parte de algunas comunidades autónomas —y, desde 2011, del Estado—, de protocolos técnicos destinados a normalizar los procedimientos de excavación, identificación y gestión global de los cuerpos recuperados.

Al tiempo, el movimiento memorialista, y su eco institucional en forma de políticas públicas de memoria, ampliaba su radio de acción desde las fosas comunes y la visibilización y dignificación de las víctimas —claves en el origen del proceso —al cuestionamiento de marcas topográficas, monumentos o incluso las tumbas de honor de los líderes golpistas, entre otras muchas derivadas. Las exhumaciones de los generales

Mola y Sanjurjo en Pamplona, Queipo de Llano en Sevilla y Franco y José Antonio Primo de Rivera en el Valle de Cuelgamuros son efectos muy destacados de esta apertura de foco del proceso memorial.

Asistir a una exhumación es, para la mayoría de las personas —dejando de lado a ciertos profesionales, periodistas y activistas que ya tienen experiencia previa—, una situación única en la vida: un escenario de crimen no judicializado y un espacio funerario no habitual, en muchos casos imposible de anticipar. Las excavaciones son espacios de muerte en los que se va mostrando la evidencia des nuda de la crueldad y la violencia. Necesariamente provocan

momentos de mucha tensión y dureza. El

descubrimiento paulatino de huesos y calaveras, de cuerpos amontonados, de objetos personales con mucho potencial biográfico, de proyectiles o casquillos de bala y de otros signos de violencia forzosamente condiciona el estado de ánimo de las personas presentes y tiñe, en consecuencia, el tono y la intensidad de las interacciones, las conversaciones y los testimonios. Si exceptuamos algunas normas establecidas por los organizadores y por algunos de los especialistas técnicos que coordinan las

exhumaciones —que por lo general obedecen a razones de seguridad y están destinadas

principalmente a regular el acceso a la fosa y a organizar el proceso de grabación de testimonios—, no existen directrices explícitas que regulen la interacción de los familiares entre ellos o con otras personas presentes.

Los diversos actores sociales que acuden al lugar también van modulando su presencia

y participación en función de sus condiciones personales, políticas y profesionales, o su

edad o grado de parentesco biológico o político con las personas exhumadas. Con el desvelamiento progresivo de los huesos como telón de fondo permanente, la conversación, sea informal o estructurada, el proceso de dar y escuchar testimonios, la

puesta en común de recuerdos y la participación en actos conmemorativos más o menos

espontáneos van tejiendo una red peculiar de relaciones sociales y de canales simbólicos

y políticos.

Por un lado, las exhumaciones proporcionan un tipo de evidencia arqueológica y

forense que, a falta de cobertura legal, es clave para el conocimiento detallado y científico de los hechos empíricos relacionados con la violencia de retaguardia ejercida sobre civiles. Por otro, también es fundamental su papel catalizador y multiplicador de

memorias comunitarias, familiares y personales que durante años han permanecido en

el olvido, la clandestinidad o el susurro, y que rebrotan por medio de narrativas, documentos, imágenes u objetos.

La excavación de una fosa pone en marcha un proceso de recuperación de memoria que

tiene entre sus consecuencias más importantes el hecho de que personas de los pueblos

cercanos o de aquellos municipios o localidades vinculados a los trágicos sucesos que originaron esa forma irregular de enterramiento —familiares, simpatizantes, autoridades municipales, representantes de diversos colectivos o partidos políticos ... — se acerquen a relatar sus vivencias y recuerdos, a mostrar o revelar la existencia de documentación o de objetos personales vinculados a los hechos o a expresar diversas modalidades de duelo u homenaje a los fusilados, desde las más personales hasta las más políticas. Asimismo, en muchos casos, las asociaciones vinculadas a la apertura de la fosa tienen material documental que han ido recopilando durante los procesos de investigación y localización de los enterramientos y lo ponen a disposición de los equipos técnicos para facilitar su labor.

Como lugares de memoria y comunidades de muerte, las excavaciones son cruces de caminos anacrónicos en los que convergen, aunque de manera fugaz, biografías y memorias, espacios y tiempos muy dispares. Sin embargo, también hay que resaltar que

la documentación y las historias y biografías que afloran en una exhumación no son en

absoluto todas las que pudieran existir en manos de particulares, instituciones, asociaciones, investigadores de diferentes disciplinas o en los diversos archivos relevantes. Lo mismo ocurre con los testimonios que se relatan, o con las historias que se silencian, a pie de fosa. La documentación miscelánea y los testimonios que salen a la

luz durante el proceso de excavación de una fosa tienen, de hecho, un componente azaroso, que depende en buena parte de la capacidad de las asociaciones para transmitir información sobre la localización y las fechas de las exhumaciones a los potenciales municipios o colectivos de familiares afectados, o del impacto mediático de la exhumación, que es fundamental en la difusión local de la excavación y la pone en la

órbita de visita de muchas personas del entorno geográfico, directamente afectadas o no.

REAPARICIÓN PÚBLICA DE LA MEMORIA DE ANTONI BENAIGES

En este contexto de emergencia de la memoria republicana en los campos de la muerte

del franquismo, para entender adecuadamente el sorprendente despliegue de la figura

del maestro catalán Antoni Benaiges en el espacio público en la última década —

incluyendo la creación de una asociación específica (Asociación Escuela Benaiges), la restauración de la escuela donde enseñó hasta su asesinato en Bañuelos de Bureba, así como la multiplicación de su presencia en formatos como exposiciones fotográficas,

documentales, libros , no— velas gráficas, concursos literarios, conferencias y jornadas, obras de teatro y, más recientemente una película comercial con presupuesto importante y actores de éxito, como Enric Auquer y Laia Costa— conviene visitar con algo de detalle la excavación concreta donde por primera vez se entrelazó su historia utópica y finalmente trágica con la exhumación de una fosa común y por lo tanto, con el proceso

de recuperación de la memoria histórica en el siglo XXI en España que acabo de describir

brevemente. Porque, aunque el caso de Benaiges es especialmente llamativo, con una enorme repercusión, no deja de ser representativo de la emergencia en el espacio público de una gran cantidad de biografías ocultas u olvidadas de víctimas de la represión franquista asociada a la apertura de fosas desde el año 2000.

Viajemos por lo tanto al verano de 2010. La exhumación de la fosa de La Pedraja fue impulsada por la Agrupación de Familiares de las Personas Asesinadas en los Montes de La Pedraja y tuvo la autorización del Ayuntamiento de Villafranca Montes de Oca (Burgos). Todos los trabajos técnicos en torno a la fosa común fueron realizados por un equipo multidisciplinar de la Sociedad de Ciencias Aranzadi,

dirigido por Francisco Etxeberria y compuesto por historiadores, forenses, arqueólogos, odontólogos y antropólogos sociales. Se trata, sin duda alguna, de un equipo experimentado y con una

trayectoria notable en exhumaciones de fosas comunes desde el año 2000 hasta la actualidad: parte del grupo ha participado en las exhumaciones en las criptas del Valle de Cuelgamuros. La Pedraja era una excavación importante, tanto por el número de personas que podían estar enterradas allí como por las características del terreno, que exigieron mucha pericia de los arqueólogos y forenses que trabajaron en ella.

Debido al mal estado de conservación de los huesos, al elevado número de personas enterradas y a las dificultades técnicas para la identificación de los cuerpos exhumados resultó una tarea muy complicada determinar con exactitud quiénes estaban enterrados

en esa fosa concreta. Además, la aparición de otra fosa en las inmediaciones, que sería

posteriormente excavada en 2011, añadió más confusión al ampliar el área de

enterramiento y el número de cadáveres. En todo caso, globalmente, Montes de Oca es

un paraje bien conocido en la región desde la Guerra Civil por la existencia de esas fosas comunes y muchas personas de la zona, así como de algunos municipios de La Rioja, tuvieron durante décadas el convencimiento de que allí podrían encontrarse sus

familiares ejecutados.

Gracias al efecto catalizador de la memoria histórica que tienen las aperturas de fosas

comunes, es necesario establecer junto a ellas una estructura formal de documentación

de los diversos rituales, relatos y materiales que emergen en su entorno, en sus diferentes formatos, como parte integral del trabajo del equipo técnico y del proceso de investigación. Cuando se dan las condiciones, se recopilan de la manera más sistemática

posible esas informaciones y esos datos —en buena parte azarosos— que de otro modo se perderían, volverían al fondo de los baúles,

tendrían una exposición pública fugaz o permanecerían dispersos. También se documenta en vídeo o en formato fotográfico

todo el proceso, bien a pie de fosa, bien en otros contextos periféricos como pueden ser

los hogares familiares u otros lugares significativos. Con este fin, en paralelo a las tareas arqueológicas y forenses vinculadas a la exhumación en el verano de 2010, se instalaron junto a la excavación una pequeña mesa y unas sillas que hacían las veces de oficina y

set de grabación. Como en otras muchas excavaciones antes y después de esta, el objetivo era re unir toda la información posible respecto a los sucesos acaecidos en el año 1936 en ese paraje y de atender a las preocupaciones y dudas de las personas que, por un motivo u otro, acudieran a la excavación. El equipo encargado de esa tarea, formado por Igone Etxeberria, Helena Ferrándiz, Óscar Rodríguez y yo mismo, disponía de varias cámaras de fotografía y vídeo digitales, así como de grabadoras y fichas personalizadas para registrar todos los datos.

Más allá del equipo, que era el habitual en muchas de las excavaciones de verano de gran envergadura que lleva a cabo Aranzadi, la exhumación de La Pedraja era singular por la presencia del fotógrafo Sergi Bernal que, deslizando su mirada entre los protocolos técnicos, las historias de los familiares y los propios objetos y restos que emergían de la fosa, construyó allí un mundo fotográfico paralelo, en blanco y negro, de gran potencia visual, desde el que dio vida al proyecto *Desenterrando el silencio*.

Durante la exhumación de agosto de 2010 se recogieron en torno a una treintena de testimonios, tanto en vídeo como en grabación digital o mediante anotaciones. Para llevar a cabo las entrevistas se siguió un protocolo diseñado para estas situaciones específicas a pie de fosa. También, algunas de las personas que acudieron a la exhumación aportaron documentos y fotografías de diversa índole relacionados con las personas que pudieran estar enterradas en la fosa. Aparte del registro digital de toda esa documentación, que se hizo sobre el terreno, las nuevas tecnologías permitieron el posterior establecimiento de un contacto sostenido por correo electrónico con algunas de aquellas personas, que escanearon y enviaron información y documentación adicional que en principio no habían considerado relevante o cuyo posible interés para

el equipo de investigación desconocían inicialmente.

En el contexto de ese proceso de recogida de datos en el entorno de la fosa, el 28 de agosto de 2010 acudió a la exhumación Antonio García, oriundo de Bañuelos de Bureba, junto con su mujer y su hijo, con la impresionante y completamente inesperada historia

de Antoni Benaiges. Una historia al tiempo poética y política, utópica y trágica, con una

cierta similitud con la película *La lengua de las mari posas* de José Luis Cuerda, basada en varios relatos del escritor gallego Manuel Rivas. Cuando se acercó a nosotros, la afluencia de personas a la excavación no era muy alta, así que, a la sombra escasa de unos pinos repoblados, pudimos hablar un rato. Antonio nos comentó que se creía en la zona que, entre los fusilados arrojados a la fosa, podría estar un maestro catalán que había sido destinado al municipio de Bañuelos a mediados de los años treinta. Él no vivía en el pueblo, que contaba en esos días apenas con una treintena de habitantes, pero estaba pasando allí unos días para las fiestas del verano, como todos los años, y había sabido por la prensa de la exhumación. Antonio y su primo Jesús Viadas habían iniciado una investigación sobre el maestro tras tropezarse casualmente con un

cuadernillo publicado en el pueblo justo antes de la guerra, lo que despertó una enorme

curiosidad —e incredulidad— en ellos. Comentó que tenían en el pueblo, ya en formato

digital, una información que podía resultar muy valiosa. Si nos parecía interesante, podía proporcionárnosla en un *pen drive.* Insistió en que la historia era muy especial. No tenía desperdicio. Convencido de que había aparecido una pista inestimable para profundizar en el conocimiento de la represión de los maestros en todo el país, con una

grabadora y una cámara de fotos me dispuse a seguir su coche con el mío desde las inmediaciones de la fosa hasta Bañuelos, una media hora de viaje por los campos ondulados del norte de Burgos.

En Bañuelos nos esperaba su primo Jesús y, en pocos minutos, fuimos a casa de Antonio. Durante la tarde que pasamos juntos, entraron y salieron de allí otros familiares y vecinos de Bañuelos, alguno de ellos antiguo alumno de Benaiges. Nada más sentarnos, al encender Antonio el ordenador y abrir con el ratón varias carpetas, se desplegaron ante mis ojos atónitos algunas copias digitalizadas de los cuadernos editados por el maestro y sus alumnos entre 1934 y 1936

aplicando el método pedagógico Freinet: El mar, El retratista, Sueños, Recreo, Gestos, Folklore burgalés... En torno a aquella pantalla, en la que una ventana mostraba un pasado utópico, se abrió un escenario inestimable de recuperación de la «memoria histórica»: biografías e historias

destrozadas por la guerra, la dureza de la represión de retaguardia, testigos directos, posmemoria, fotografías antiguas, materiales impresos, documentos, conversación improvisada, versiones entrelazadas, frases que se pisan, cruces de memoria

intergeneracionales, vacíos y contradicciones en el recuerdo. A pesar de que es imposible transcribirlas íntegras, en los pasajes que salpican las páginas siguientes se ha preservado en lo posible la textura etnográfica de aquellas conversaciones.

Pasando de un texto a otro, saltando décadas y generaciones, alternando la docencia, el

fusilamiento y la exhumación, conversamos en Bañuelos más de una hora y media. El

mundo de Benaiges, sumido durante tantos años en la penumbra de un pueblo en

proceso de despoblamiento, cobró un brillo insólito en el entusiasmo de los nietos de sus alumnos.

Antonio y Jesús se habían encontrado con la historia de Benaiges por casualidad, cuando un primo suyo les entregó un ejemplar de Folklore burgalés que le habían prestado unos amigos de Pancorbo. Se quedaron muy sorprendidos al tropezarse con un cuaderno publicado en una imprenta de su pueblo en julio de 1936. Así describía Antonio su sorpresa de entonces: «Pero, ¡cómo! ¿Esto está hecho en Bañuelos? ¡Pero si está escrito a máquina!». Una vez sobre la pista del sorprendente maestro, Antonio habló con su abuela Benita y le preguntó: "Oye, ¿y esto?". Y entonces la abuela nos estuvo contando que sí, que hubo un maestro, que el abuelo Fernando era amigo de él. .

. Por ahí fue la historia. Investigando, encontré la portada de El retratista. La tenía un chico y la puso en Facebook, ¡y yo la vi! Y entonces la puse en un foro de aquí de La Bureba y ese señor u otro la vio y dio el aviso a un familiar del maestro». Así fue como

entraron en contacto con Jaume Aragonès, sobrino nieto de Benaiges,

quien les hizo llegar la mayoría de las publicaciones que atesoraba en su disco duro.

Desde la incredulidad inicial que les produjo la aparición de esas publicaciones impresas en su pueblo, Antonio y Jesús habían hablado con algunos de los alumnos de Benaiges para reconstruir el procedimiento didáctico de la imprenta. Su pueblito, actualmente paradigma de la España despoblada que lucha por no desaparecer, sede de un experimento pedagógico... ¿Cómo pudo ser aquello? ¿Cómo impactó aquel singular

maestro en sus jóvenes alumnos? ¿Quedaba algún rastro de todo ello en el presente?

Hablando sobre uno de los ejemplares de *Gestos,* Antonio trataba de descifrar el proceso de aprendizaje e intercambio que había quedado plasmado en los cuadernos: «Mira, había siempre un dibujito en la portada. Siempre he tenido la curiosidad ... ¿Cómo harían estos negativos para imprimirlos? ¿Cómo manejarían la imprenta? Empezaba siempre con una introducción, de cualquier tema, y luego ponía testimonios de cada uno de los niños de aquí, Baldomero, Primitiva, Lucía ... Él planteaba un tema y entonces ya cada uno escribía lo que le daba la gana. Y luego los dibujos ... Y él llevaba un registro del trimestre, de los días que había hecho viento, o nubes, o lluvia ... Y

cartas, cartas a Barcelona, a otros colegios». Y luego estaba el intercambio, que situaba

Bañuelos en una cartografía emergente de la utopía pedagógica republicana. Deslizar la

mirada por la lista de suscriptores les descubría complicidades familiares con el método

Freinet, hasta hace no mucho desconocidas, y les evocaba otras historias trágicas de la

guerra agazapadas tras los nombres. «Por ejemplo, mira en suscriptores de este

ejemplar de *Gestos* — dijo Antonio—: Fernando García, labrador, Bañuelos. Es mi abuelo.

Y este otro, Domingo Viadas, labrador, este es el Domingo Viadas que recordaba uno del pueblo que estaba en el campo, que cuando

vinieron los fascistas no estaba, que lo estuvieron esperando, que no terminó de venir, que se marcharon y le dijeron a su padre: "Que se presente, que se presente, que se presente. Que si no, represalia”. Se presentó, se lo llevaron y lo mataron. Imaginamos que se lo llevaron también a La Pedraja». De nuevo, la fosa que se estaba abriendo en Montes de Oca en aquellos instantes se entrelazaba con la historia de Benaiges y de su obra, de sus lectores y suscriptores. Domingo Viadas también habría acabado como el maestro. Según la interpretación de Antonio y Jesús, la presencia en esas listas de suscripción pudo costar

la vida, o al menos perjudicar, a algunos de los vecinos del pueblo.

«Hay suscriptores de Briviesca, de Madrid, de Sabadell, de Tarragona, de Montroig —

comentó Jesús—. Niños también suscritos. Y hasta Niceto Alcalá Zamora, Palacio

Nacional, Presidente de la República ... ¡Hasta allí mandaban sus textos! Pero que dos

agricultores de Bañuelos estén suscritos es más raro. A cuenta de ello luego fueron a por

alguna gente, los fascistas. Y se han cargado a más gente. Ya te voy a buscar ... Por ejemplo, a un hermano de mi abuelo lo mataron porque era amigo de Benaiges. Y estará también allí, en La Pedraja, enterrado, y estaba suscrito a los cuadernos estos ... Luego

vinieron a buscarlos a casa de él y lo revolvieron todo, en casa de mi abuela, y rebuscaron allí todos los papeles relacionados con esto y los quemaron todos. Por eso aquí no hay nada. Vinieron al Ayuntamiento y a la escuela y rebuscaron todos los papeles, y la imprenta y todo, y lo quemaron. La imprenta, me ha dicho mi padre y se lo he oído a varios, ha estado ahí tirada hasta no hace mucho, rota, por ahí tirada». A lo

que añadió Antonio: «Sí, es verdad que entraron en la escuela y arrasaron con ella. Y

luego, cuando trasladaron de edificio el Ayuntamiento, siguieron destruyendo lo que quedaba».

Mientras pasaban portadas, páginas, dibujos y listas por la pantalla del ordenador, Antonio y Jesús seguían desentrañando los avatares del método Freinet desde el contexto local en el que se desplegó. La

conversación sobre *El retratista* y la fascinante fotografía del maestro y sus alumnos que aparece en la portada coincidió con la llegada a la casa de Antonio García Hernáez, tío abuelo de los dos primos, muy mayor y de memoria frágil y tenue. Había sido alumno del maestro catalán y había publicado en los cuadernos. «Este señor está en la foto -anunció Jesús-. Y además tiene la foto original. . .

Este es uno de los que describía el mar». «Todos estos éramos los de entonces», comentó

el anciano sobre la foto. «¿Y qué recuerda sobre el maestro?», le pregunté. «¡Qué me voy

a acordar …!» respondió. Su sobrino nieto Antonio apuntó: «Once años tenía en la foto.

Usted nació en 1924 y la foto se hizo en 1936». «Yo no hice ningún dibujo ... Eso lo hacían los más mayores. Y es que muchas veces yo tenía que ir a hacer otras cosas y falté mucho a la escuela. Tenía dos hermanos mayores que murieron en la guerra y tenía que cuidar un rebaño de ovejas que teníamos, por eso faltaba. Es lo que había entonces, no había más». «Pero -le interrumpió Jesús-, esto de lo que estamos ha blando es de antes de la guerra, no de después, y usted no faltaría tanto. Usted faltaría cuando

ya habían matado a Benaiges». «¿Y qué se decía en el pueblo del arresto del maestro?»,

preguntó Antonio. «Pues nada, porque había que atar mucho el morro».

Antonio también había hablado con su abuela Leo sobre Benaiges. Aunque ella en aquella época era muy pequeña, recordaba los problemas que tuvo en casa su hermana Ramona, que sí estaba en etapa escolar. Los métodos del maestro extrañaban a muchos

vecinos. «Leo se acuerda de que a su hermana mayor, que no llegó nunca a escribir, su

padre acabó no dejándola ir al colegio, porque ya era muy mayor, tendría 14 o 16años, y

porque muchas veces se dedica ban a bailar -contó Antonio-. Mi abuela Leo se acuerda

de que un día vino Ramona diciendo que había estado bailando, y

entonces su padre le

dijo que no volvía ... "Déjate de colegios, y déjate de bailes". Les ponía el gramófono. . .

¡Más que un adelantado! Lo especialmente chocante de todo esto es que haya pasado aquí. Si hubiera sido en Cataluña, no tendría mucho más significado, sería una historia más. Pero ten en cuenta las condiciones de vida en este pueblo en los años treinta, un

pueblo pequeño, aquí en estas lomas de Burgos ... Unas condiciones de vida bien duras,

un grado de analfabetismo muy grande ... Era una utopía. ¡Es como si alguien trae a este pueblo Inter net hace cincuenta años! Es impresionante ... Se acordaba Eladio de que ... Ellos alucinaban, alucinaban de que les enseñaran a bailar, de que les enseñaran una dinámica de trabajo a la que no estaban acostumbrados. ¿Qué tendría Bañuelos en

esos años, 200 habitantes? No más. Y con 200 habitantes, que venga un maestro y, de repente ... Es como si los padres les preguntan, "¿Y qué habéis hecho hoy en el colegio?': "Pues cantar, bailar ... Aquí, con una imprenta': "Pero, ¿qué me estáis contando? ¿Qué estáis haciendo?" Seguro que habría gente que no estaría muy cómoda con esa situación ... Era como si llegara un marciano».

Apagamos el ordenador todavía hipnotizados por el torbellino de personajes, imágenes

y relatos evocados en la conversación. «Esto no lo hemos compartido todavía con todo

el pueblo. Lo empezamos Jesús y yo ... La exhumación le da otro aire ... ¡Esto da para

escribir una novela! La historia tiene semejanzas con La lengua de las mariposas ... Lo

original es que es una persona que se va de su tierra, de Cataluña, una persona que podía estar cómodamente en su masía, pero que se impregna de una escuela francesa y se viene a un pueblito. Todo esto tiene una carga educativa e ideológica muy grande».

De vuelta en Villafranca Montes de Oca, tras la intensa con versación de Bañuelos, la historia de Benaiges y su utopía pedagógica me daba

vueltas en la cabeza: Freinet. El mar. Lucía Carranza. Antonio García. Eladio Díez. *Gestos. Paco Itir. L'Éducateur Prolétarien*. Una imprenta y un gramófono en el Burgos rural de mediados de los años treinta ... La fosa de La Pedraja escondía otro secreto excepcional. Los restos óseos, que suelen dominar en las exhumaciones y que apuntaban a la presencia de como mínimo 104 personas, dejaron paso a abundantes vestigios de ropa y, para sorpresa general, a en

torno a cuarenta cerebros saponificados, es decir, preservados gracias a las especiales características químicas y la humedad del suelo donde se excavó. Cerebros de campesinos, jornaleros, artesanos, carniceros, albañiles, alcaldes, sindicalistas, amas de

casa y, también, maestros. ¿Habría pensado alguno de aquellos cerebros alguna vez en las teorías de Freinet? ¿En cómo estimular la imaginación y el aprendizaje de unos niños mediante la impresión y la música? Por una sincronía que tiene algo de casual y algo de

signo de los tiempos) la visión de Benaiges había encontrado un eco reverencial en los

nietos de algunos de sus alumnos y, después de más de setenta años, sus cuadernos empezaban a circular de nuevo por Bañuelos al mismo tiempo que se abría la tumba donde, debido al mal estado de conservación de los restos hallados, ha sido imposible su identificación.

A pesar de las requisitorias formales, en 1937, para que Benaiges se presentara ante la

Comisión Depuradora sita en el Instituto de Segunda Enseñanza de Burgos, «durante las horas de oficina de dicho centro», para aclarar su domicilio en el marco de un proceso de expediente, el maestro no acudió a las citas. Su depuración póstuma, o «separación definitiva del servicio y baja en el escalafón respectivo», se produjo el 14 de mayo de 1939. Algunos vecinos informaron en su contra. *La lengua de las mariposas.*

Con el paso de las décadas, el asombroso rastro del proyecto ilustrado de Benaiges iba a

conseguir) a pesar de su temprano asesinato) ridiculizar y trascender las culturas y burocracias de la represión y la muerte.

Dar palabras es ilustrar; dar ideas es entorpecer. Hay un código limitado de palabras, es infinito el afluvio [sic] de ideas.

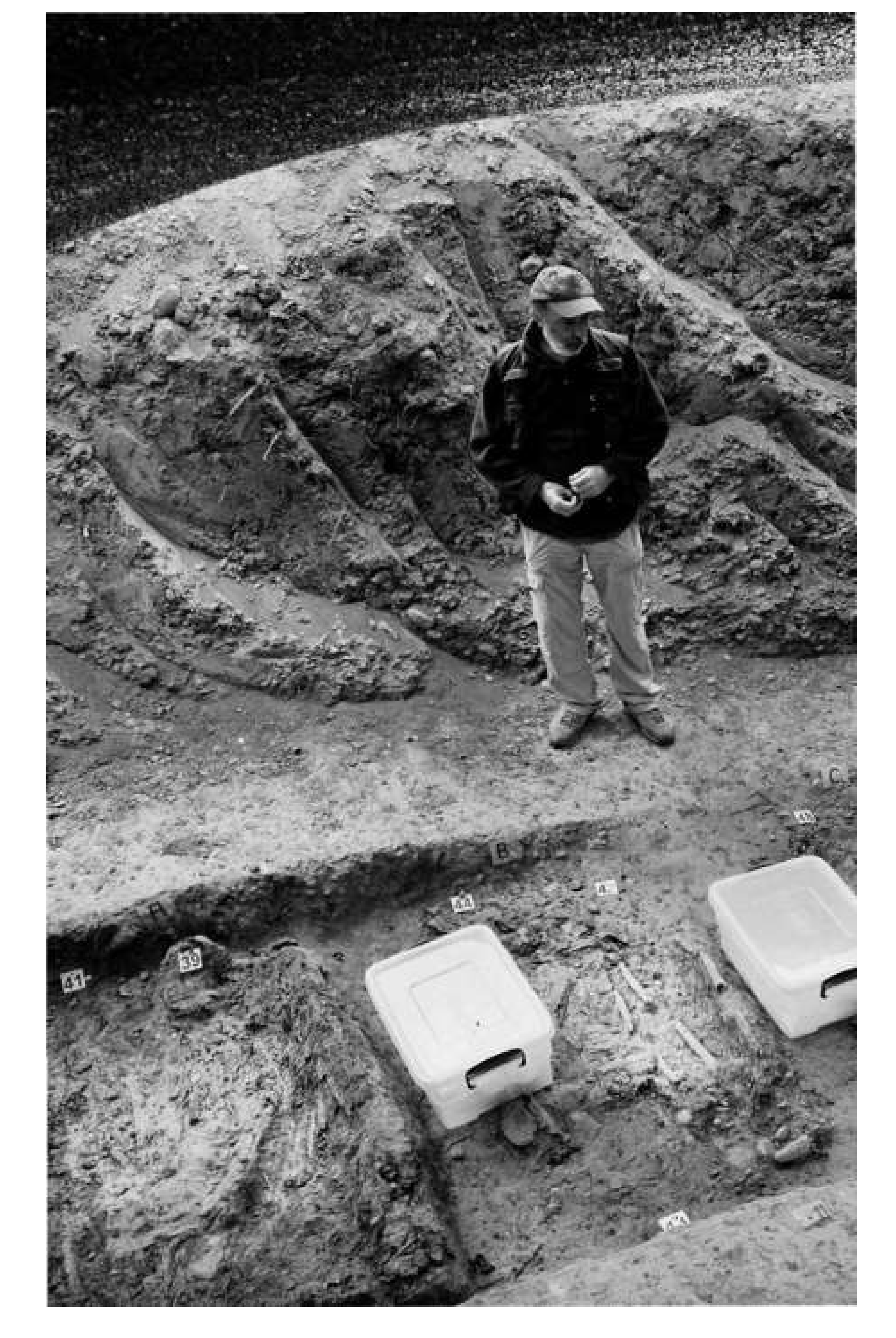
Las palabras se almacenan; las ideas se confunden con la misma carne.

Claro que el enriquecer el lenguaje del niño no ha de ser en menoscabo de su jugosidad. En modo alguno. Precisamente esa jugosidad del niño tan suya es la médula de la nueva técnica que propugnamos.

Antoni Benaiges, «La imprenta en la Escuela», *Colaboración,* número 4 (julio de 1935), p. 31

FRANCISCO FERRÁNDIZ — Antropólogo social.

Instituto de Lengua, Literatura y Antropología del CSIC







UNA BATALLA GANADA AL OLVIDO

Había imaginado que podían pasar muchas cosas desde el momento en que decidí ir a

cubrir los trabajos de exhumación de una fosa común en Burgos, pero nunca hubiese podido imaginar que en aquella exhumación -—donde se recuperaron 104 esqueletos—, la información de un testimonio a pie de fosa me transportaría de un campo de muerte,

donde el lamento y la pena de los familiares era una constante, a un campo de vida; concretamente, a una escuelita de pueblo de los años treinta donde las risas, los juegos, las aventuras, el trabajo diario y las ganas de vivir todo lo llenaban.

Pero ¿qué hacía yo aquel verano de 2010 en los montes de La Pedraja, en Burgos?

Hace muchos años que una de mis pasiones es la fotografía. Me dedico a la realización

de documentales sociales, me gusta contar historias humanas y comprometidas. Por este motivo, en agosto de 2010, la casualidad me llevó a documentar los trabajos de una exhumación de republicanos asesinados por sus ideas políticas en los montes de La Pedraja. El contacto que me facilitó Queralt Solé me llevó a conocer a los miembros de la Sociedad de Ciencias Aranzadi y a que aquel verano me invitaran a la exhumación de

una fosa en Burgos. Acepté la invitación.

Desde aquel momento, antes de conciliar el sueño, me venían a la mente imágenes que

me provocaban una sensación inquietante. Visualizaba a los asesinados sin conocerlos,

pensaba en si realmente imaginaban su destino final, una muerte sin motivo, un destino

brutal. Pensaba en cómo había sido su final, cuáles habían sido sus últimos

pensamientos. Con seguridad, se aferrarían a sus seres más amados. Por ese motivo, imaginaba que sus últimas reflexiones debieron de estar relacionadas con el amor hacia sus familiares y no con el odio

hacia aquellos que los asesinaban. Esos pensamientos me

acompañaron hasta el día de mi partida a Burgos.

Un puerto de montaña separa a las familias de desaparecidos de las provincias de Burgos y de Logroño. En él, un bosque sin nombre poblado de encinas, robles y pinos esconde a decenas de asesinados. En un cruce de caminos, uno de ellos el Camino de

Santiago, un monolito recuerda a las víctimas en aquellas montañas. En el monolito hay

un número grabado: 1936. Es el año en el que asesinaron a todas aquellas personas en

esos montes y las enterraron en fosas comunes. En 2010, la Agrupación de Familiares de

Personas Asesinadas en los Montes de La Pedraja luchaba por su abertura. El

representante de la Agrupación era Miguel Ángel Martínez Movilla. Junto con su

hermana Eva y su padre, Rafael, buscaban a un abuelo y un padre.

Mi idea inicial era documentar las fases de exhumación y entrevistar a familiares para, posteriormente, realizar un trabajo de difusión y de explicación de lo que allí había vivido. Deseaba que se conociese aquella barbarie. Entre los profesionales que trabajaban en aquella fosa estaba el antropólogo Paco Ferrándiz, que ha sido una de las

personas destacadas en el proceso de recuperación de la memoria de este maestro.

Siete días pasé en Burgos y volví a Barcelona. Una vez de vuelta, una llamada telefónica

de Eva, de la Agrupación, me informaba de una noticia muy relevante y que iba a significar un giro en la orientación de mi trabajo. Eva me dijo que el mismo día de mi partida, un testimonio se había acercado a la fosa para decir que allí había enterrado un

paisano mío, catalán. Me reveló el nombre del desaparecido: Antoni Benaiges Nogués,

aparentemente el maestro del pueblo de Bañuelos de Bureba.

Buscando en Internet, llegué a un blog de México en el que se contaba una historia conmovedora: la promesa hecha por aquel maestro a sus alumnos de ver el mar por primera vez. Lloré en silencio. Aquella noticia me vinculó a la historia de este maestro, un enamoramiento que provocaría que iniciara una obsesiva investigación para

reconstruir su vida.

Un mes después, me desplacé a Montroig del Camp, en Tarragona. Allí me esperaban

Elisa Benaiges, sobrina del maestro, su hijo Jaume Aragonés y su primo Jaume Roigé, también sobrino de Antoni. Los dos primos habían conocido a su tío y los dos, desde hacía 75 años, guardaban la clave de esta historia. Me mostraron un pequeño tesoro custodiado durante 75 años que guardaban en una cajita. Era una caja decorada con motivos de una siega y en ella se encontraban los objetos que la familia conservaba de Antón —que así es como le conocían en su pueblo—. Unas fotos de él, siempre muy elegante, una foto de grupo con los alumnos de su escuela de Bañuelos y un conjunto de 13 cuadernos: seis titulados *Gestos,* tres *Recreo* y cuatro monográficos, *El retratista, Folklore burgalés, Sueños* y *El mar.* Todos esos cuadernos se habían publicado entre enero de 1935 y julio de 1936. Entre ellos había una perla, el corazón de esta historia, el cuaderno de *El mar. Visión de unos niños que no lo han visto nunca.*

Cuando lo tuve en mis manos, supe que aquella historia no podía quedar encerrada ni

en aquella fosa ni en aquella caja y que debía sacarla a la luz, de la manera que sé hacerlo: tomando fotografías. Aquel cuaderno era una invitación hecha en enero de 1936, un texto lo dejaba claro: «El maestro dice que iremos a bañarnos».

Por logística familiar y profesional no pude viajar a Burgos hasta finales de año. Llegué

al pueblo de Bañuelos de Bureba por la mañana, hacía mucho frío. Era la primera vez

que lo visitaba. Su alcalde, Jesús Viadas, me abrió las puertas de la escuela, que

mantenía la fachada casi sin cambios. Llevaba la fotografía que conservaban los Benaiges en su cajita. Sí, aquel retrato de grupo se había hecho en las puertas de aquel mismo edificio 75 años antes. Ya

no era una escuela, sino un almacén municipal con las

funciones de archivo y trastero. Su estado era ruinoso, sucio y desordenado. Pero, a pesar de eso, conservaba la esencia de lo que había sido la escuela de aquel pueblo: pupitres desvencijados, apilados, pero pupitres de otra época que habían hecho escuela, una pizarra . . .

Me parecía increíble estar entre aquellas cuatro paredes de lo que fue la escuela, observar su pizarra e imaginar en ella las letras de Florentina, una de sus alumnas, componiendo su redacción de *El mar:* «El mar será muy grande y muy ancho. Y hondo.

La gente irá allí a bañarse. Yo no he visto el mar. El maestro nos dice que iremos a bañarnos». De nuevo, la emoción. En aquellos momentos desconocía que, al cabo de un tiempo, en aquel mismo lugar, podría conversar con algunos de los protagonistas y retratarlos: Eladio Díez, Antonio García, Jesús Carranza, hermano de Lucía ... En cada instantánea veía que recuperaba un trocito de aquella historia y cómo, casi sin saberlo,

me convertía de nuevo en el retratista de aquellos niños, ahora abuelos y abuelas de casi

90 años. Sin duda, los últimos reflejos de una historia extraordinaria, que había ocurrido hacía más de 75 años, y cuyos protagonistas estaban desapareciendo muy rápidamente. Pronto sería una historia sin testimonios vivos.

Un día llegó un mensaje de Lucía Fuente, nieta de una exalumna. Había buscado el nombre de su maestro en Internet y había encontrado nuestro proyecto. La parte final de su correo nos decía: «Aprovechen lo que guarda en su memoria, a la familia nos siguen cautivando y emocionando los relatos relacionados con su maestro y con su trágica muerte». Aquella oportunidad no se debía dejar escapar, Felisa tenía 89 años y el tiempo corría en contra. En los cuadernos publicados en su escuela, Felisa era de las alumnas más prolíficas en cuanto a la redacción de los textos. Poder entrevistar y fotografiar a una protagonista era de vital importancia para el proyecto, ya que en aquel momento quedaban pocos exalumnos con vida. Así que junto con Alberto Bougleux,

director del documental El retratista, que en aquel momento estábamos grabando,

fuimos a Zaragoza a entrevistarla. Felisa, pese a su edad, se mantenía

vigorosa y fuerte.

Su entrevista fue de las mejores del proyecto. Descubrimos que, a pesar de los años pasados, Felisa conservaba la llama del recuerdo de su maestro: «Mataron a mi maestro y era un buen maestro».

Iria Díez, nieta de Primitivo Díez, vería mis preguntas sobre el maestro en el grupo de

Facebook de Bañuelos de Bureba y me respondió. De nuevo una carta emocionante: «Mi

abuelo nunca había hablado de su infancia en la escuela de Bañuelos o por lo menos yo

no le había escuchado. Hasta que hace unos años le enseñé la foto grafía de los niños y el maestro en la puerta de la escuela de Bañuelos. Al verla se emocionó mucho y se señaló en esa fotografía mientras se le saltaban las lágrimas. Hace dos años, mi abuelo se puso enfermo de forma repentina. La última vez que subí a visitarlo al hospital, no lo

volvería a ver con vida, mi abuelo solo hablaba de Bañuelos, de Benaiges y de su tío Domingo, amigo de Benaiges, al que también fusilaron ese fatídico 1936. Parecía que estuviera viéndolos».

Al recuperar la memoria de Antoni Benaiges reparamos un olvido. En estos años, he contribuido a hacer realidad un documental, *El retratista,* libros como el primer ensayo publicado, *Desenterrando el silencio. Antoni Benaiges, el maestro que prometió el mar* (con los autores de este mismo trabajo), o la novela *El mar será. . .* con Sebastián Gertrúdix, una exposición fotográfica; una novela gráfica con Javier Martínez Sancho, titulada *La promesa;* así como una biografía, *Antoni Benaiges, una memoria desenterrada;* dos obras de teatro e incluso una película, *El maestro que prometió el mar,* estrenada en 2023 gracias a la tenacidad de Paco Escribano.

Trece años han pasado desde aquella exhumación que, sin ser yo consciente en ese momento, marcaría mi vida. Muchas son las horas robadas a mi vida personal y familiar por la recuperación de esta historia; un ejercicio militante y claro por la memoria democrática. Eso solo lo sabemos los míos y yo, pero no puedo evitar sentirme recompensado en cierta manera cuando observo que, gracias a esas horas y los frutos de

la investigación, se ha conseguido crear un trabajo cooperativo alrededor de la figura del maestro Benaiges, para ganar la batalla al

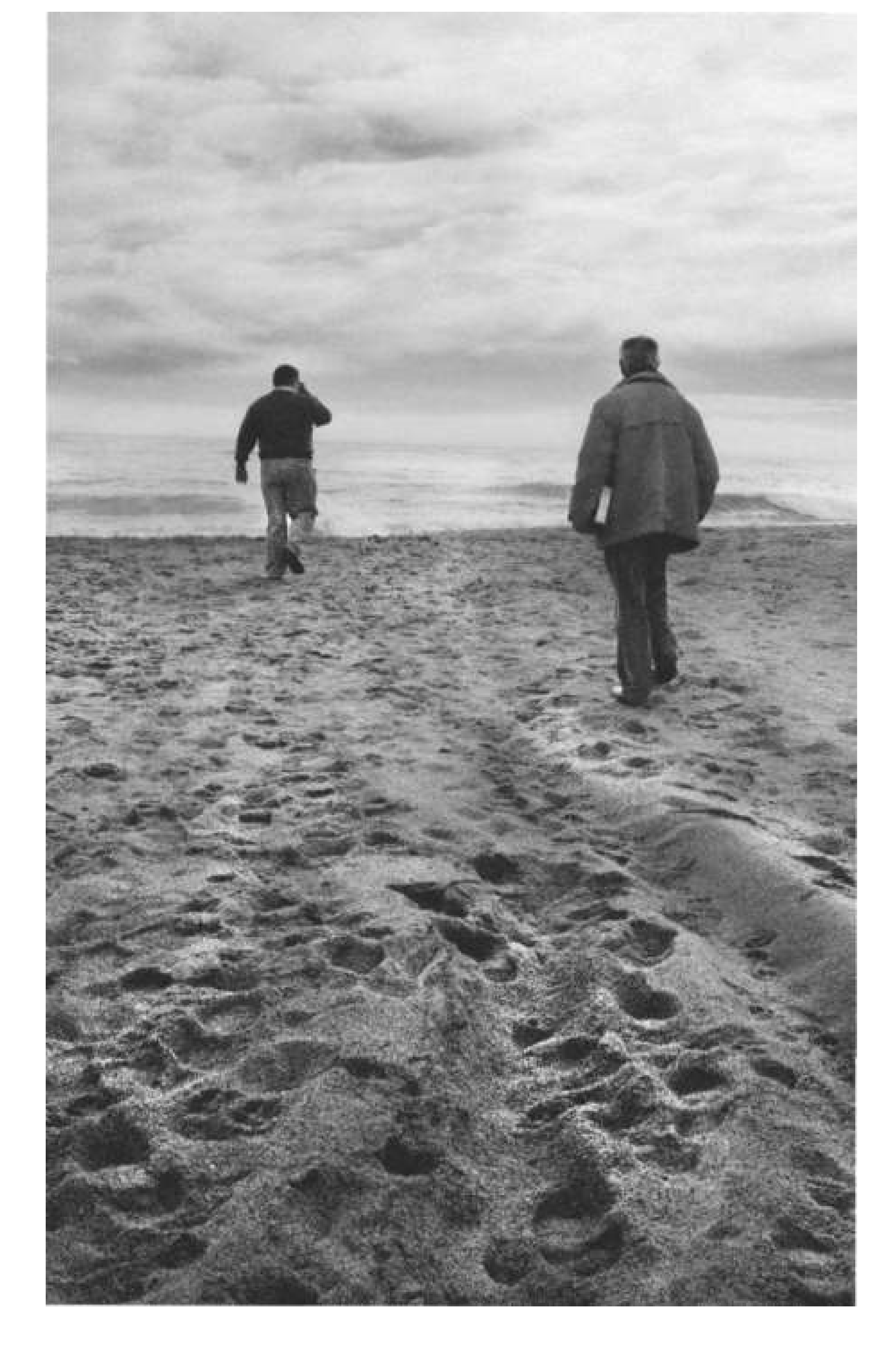
olvido. Lejos de pretensiones egotistas, estoy satisfecho de haber podido contribuir a la recuperación de una vida; una vida de una alta calidad humana, silenciada y casi olvidada debido al monstruo del fascismo.

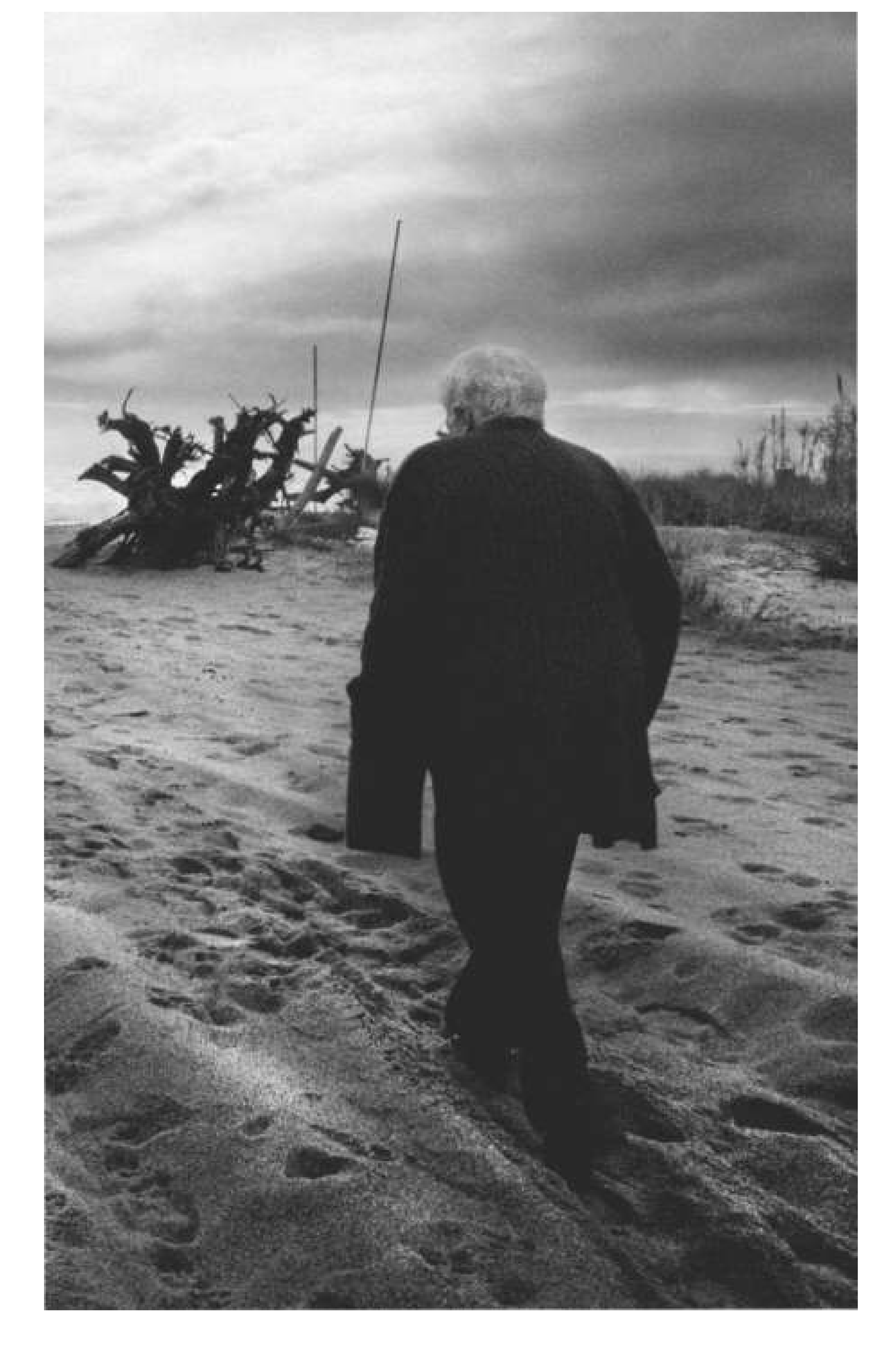
Me reconforta devolver un poquito de Antonia su familia en forma de nuevos hallazgos

sobre él, así como poder homenajear a un maestro que representa a tantos maestros de

escuela con similar lucha: llevar a los pueblos y a los barrios el progreso y la esperanza.

SERGI BERNAL - Geógrafo, fotógrafo y documentalista





p. 4 Detalle de la fachada de la escuela, situada en la calle Mayor de Bañuelos de Bureba, diciembre de 2010.

pp. 8-9 Caja de cartón donde la familia Benaiges ha conservado durante más de 80 años las fotografías y los cuadernos de Antoni Benaiges. Mont -roig del Camp, diciembre de 2010.

p. 10 Antoni Benaiges y 17de sus alumnos en la puerta de la escuela de Bañuelos de Bureba. La imagen, tomada en 1936, nos permite conocer el rostro de los protagonistas de esta historia.

p. 18 Bañuelos de Bureba, octubre de 2011.

pp. 32-33 Interior de la escuela de Bañuelos de Bureba, mayo de 2013.

p. 34 Antoni Benaiges.

pp. 88-89 Las manos de Eladio Díez, exalumno de Antoni Benaiges, hojeando un cuaderno realizado por él y sus compañeros, octubre de 2011.

p. 90 Al finalizar la jornada de trabajo, los miembros de la Sociedad de Ciencias Aranzadi protegen con lonas las zonas de la fosa donde los restos se encuentran ya en la superficie, agosto de 2010.

pp. 106-107 La fase de exhumación propiamente dicha se inicia cuando se extraen de la fosa los restos, que se individualizan en cajas, agosto de 2010.

p. 108 Fotografía de la fotografía de Antoni Benaiges y 17 de sus alumnos tomada en 1936, con la fachada de la escuela de fondo, diciembre de 2010.

pp. 114-115 Elisa Benaiges, Jaume Roigé Benaiges y Jaume Aragonès Benaiges en la playa de la Pixerota, playa donde en 1936 los niños de Bañuelos debían ver el mar por primera vez, octubre de 2010.

AGRADECIMIENTOS

A los alumnos y alumnas de Antoni Benaiges, especialmente a aquellos que nos pudieron hablar de su maestro. En memoria de Felisa Viadas, a Eladio, Severino y Primitivo Díez y Antonio García A la familia de Antoni Benaiges, especialmente a Elisa Benaiges y Jaume Roigé sobrinos del maestro. Y a sus sobrinos-nietos, Jaume, Enric Aragonès,

Francesc y a Enric Aragonès Jové A la Asociación Escuela Benaiges - Bañuelos de Bureba. A Ascensión Rojas, Javier González y todos sus socios A todo el equipo de rodaje de la película El maestro que prometió el mar A Sebastián Gertrúdix A Alberto Bougleux A Javier Martínez Sancho A Alberto Conejero, Xavier Bobés y Sergi Torrecilla A Albert Taulé y Santi Molera A Eu Manzanares A Antonio García Rojas y a Jesús Viadas A la familia de la exalumna Felisa Viadas, especialmente a su nieta Lucía Fuente A Iría Díez, nieta de Primitivo Diez Ala familia Carranza, de Bañuelos de Bureba A la familia Martínez, de Briviesca, y especialmente a Miguel Angel Martínez, Victoria Martínez, Purificación Movilla y Eva Martínez. Y en memoria de Rafael Martínez A Elisa y Graciela de Tapia A la Agrupación de Familiares de las Personas Asesinadas en los Montes de La Pedraja, y especialmente a Juana Francia, Emiliano Valderrama, María Jesús Barcina y Ernesto Muro En memoria de Bernabé Sáez y Luis Carlos A los miembros del equipo técnico de la Sociedad de Ciencias Aranzadi que participaron en la exhumación de La Pedraja: Francisco Etxeberria, Lourdes Herrasti, Jimi Jiménez, Almudena García Rubio, Berta Martínez, Susana Llidó Torrent, Enrique González Arza, Sebas Lasa, Asier Izaguirre, Carme Coch Ferriol, Amaia Mendizábal, Virginia Hervás, Candela Martínez, Nicolás Márquez-Grant, Luis Ríos, Javier Iglesias, Claudio Albisu, Lorena Pérez de la Iglesia, Amelia Barreiro, Rafael González, Femando Serrulla, José Luis Prieto, Pedro Barruso, Jesús Vicente Aguirre, Helena Ferrándiz, Igone Etxeberria, Óscar Rodríguez y Luis Avial A los miembros y amigos de la Associació Mirrnanda A Teresa Renedo y a Jordi Font, director del Memorial Democratic Al Espacio Tangente de Burgos, en especial a Alvaro Alonso Al Centre d'Estudis Histories lnternacionals y a la Biblioteca del Pavelló de la República de la Universitat de Barcelona A Teresa Flores, Emiliano Padilla, Rosella Antolí, Paco Olvera, Pilar Fontevedra, Juan Fernández Platero, Ana Recover y Ángel Caminero del Movimiento Cooperativo de la Escuela Popula A la entidad Las políticas de la memoria: Balance de una década de exhumaciones en España A Salomó Marqués A Cécile Morzadec A Plàcid Garcia-Planas A Asun Larreta A Fernando Jiménez Mier y Terán y a Roberto Ramírez Rodríguez A Mireia Mayolas del Museu Marítim de Barcelona A Mar Hurtado y Pau Raga de la Associació de mestres Rosa Sensat A María Juncal Zamorano, del Archivo Histórico Provincial de Burgos A Les Esmandies Casal de Barri Al Grup de Recerca de la Memoria Historica de Mataró y a Elena Crespo, del Ayuntamiento de Mataró A Delph. ine Crespo, Andreu Fernández García, Cosme Varela, Rebeca Martínez, José Luis Anota, María Jesús Olivares, Ferran Zurriaga, Javier Giménez Gracia y Carlos Jiménez Villarejo, a Antonio Doñate y Manolo Alonso Torres, y a Rafel Mitjans e Isabel González de Urbina,

Javier Giménez, Narciso Hernando, José Luís García Nevares A la revista *Sàpiens* En memoria del maestro y divulgador de la pedagogía Freinet Ferran Zurriaga De Sergi Bernal a Ariadna, Guillem, Beatriz y Olivia De Francisco Ferrándiz a Chun, Darío y Alba De Queralt Solé a Marcos, Bru y Guim De Núria Egido a Ona Vallès Pardo